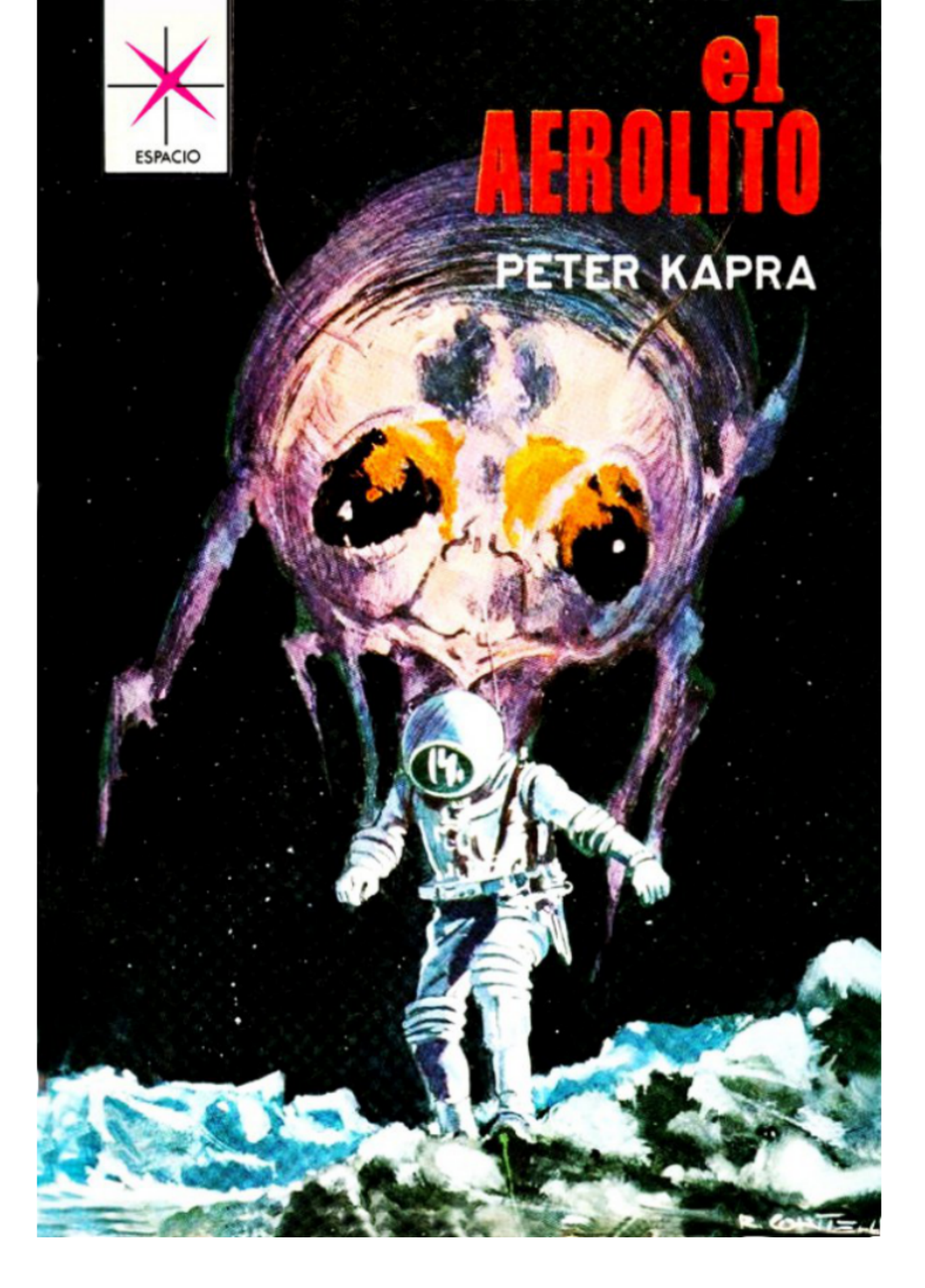

ESPACIO
el AEROLITO
PETER KAPRA

PETER KAPRA

EL AEROLITO

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

Portada: R. CORTIELLA

Depósito Legal: B. 50.286 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Capítulo Primero

RESTOS DE MISTERIO

Nadja entornó sus fascinadores ojos color verde mar, al ver subir a su marido al aerobús, acompañado por un hombre alto, de facciones tersas, cabellos castaños y ropas de indudablemente corte occidental. Piotr, al lado de aquel individuo, parecía un anciano, de hombros encorvados, cabeza leonina y barba revuelta que le envejecía notablemente. Ella había dicho con frecuencia a su esposo que se afeitase la barba y cuidase más su aspecto físico. Él siempre se rió de ella y, en más de una ocasión, bromeando, dijo: «Los sabios son muy descuidados, querida Nadja.»

Evidentemente, Piotr Woronoff era un sabio de reconocida fama internacional, aunque sólo contaba cuarenta y ocho años de edad. Su cátedra de exobiología, en la Universidad de Moscú, había permitido a la ciencia conseguir grandes adelantos. Por ello, y a raíz de sus descubrimientos microbiológicos en los meteoritos caídos en el monte Sychote-Alynski, se le habla concedido el premio de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética, el Bienal de Ciencias Naturales de 1992.

Un gran hombre, inteligente y sencillo. Nadja, su esposa, lo sabía muy bien. Tal vez por eso le amaba a pesar de la gran diferencia de edad que había entre ellos. Nadja le conoció en el aula, al comenzar el curso. En aquella ocasión, Piotr se había vestido correctamente, y arreglando y recortando su barba. Estaba hasta guapo. Además, hablaba con una seguridad y naturalidad que Nadja se sintió captada desde el primer instante por él. Y cuando él concluyó, ella aún continuaba escuchándole como si sus palabras flotaran en el aire, sostenidas por el don de la erudición.

Después, Nadja llegó a ser ayudante del laboratorio de Piotr Woronoff. Y luego, sin saber exactamente cómo, se casaron. Quizá fue porque Nadja quiso también poner orden en la vida privada de su amado maestro. ¡Lo necesitaba tanto! Y no fue, ni mucho menos, un sacrificio, aunque hasta el momento el matrimonio no había dado frutos. Pero la existencia de él se hizo más ordenada, gracias a la eficacia de Nadja.

Piotr estaba hablando en francés con su acompañante. Dominaba varios idiomas a la perfección. Y decía:

— Venga usted, Monsieur D'Auriac. Le presentaré a mi esposa.

Así, Nadja se encontró, de pronto, estrechando una mano fuerte y fría, cuyo contacto le causó una expresión indefinida, y siendo observada, casi vuelta al revés, por los ojos más inquietantes y turbadores que contempló en toda su vida.

Armand D'Auriac representaba unos treinta años. Aventajaba a los rusos en quince o veinte centímetros de estatura y de todo su ser parecía emanar un fluido magnético, inquietante y arrollador.

— Es para mí un placer extraordinario — replicó el extranjero.

— Monsieur D'Auriac viene con nosotros a la región del Tunguska pedregoso. Me ha sido muy recomendado por mi íntimo amigo, el profesor Popovich.

— Armand D'Auriac, geólogo, a sus pies, señora — declaró el francés.

— Debe usted disculpar a Piotr —dijo Nadja, sonriendo con encantadora gracia —. Mi esposo nunca presta atención a los nombres de los demás. ¿Quiere usted sentarse con nosotros? El aerobús es grande y sobran plazas. Cada miembro de la expedición puede acomodarse donde quiera. ¿O prefiere usted ir junto a la ventanilla, para admirar nuestro paisaje siberiano?

Armand D'Auriac se sentó junto a la ventanilla y frente a Nadja. Piotr Woronoff lo hizo a su lado. De este modo, la mujer podía contemplar y comparar a los dos hombres que tenía delante. Y, físicamente, su esposo perdía mucho al lado del elegante, apuesto e interesante extranjero.

— Es la primera vez que visita nuestro país, Nadja

— aclaró el profesor Woronoff.

— En efecto. He viajado por todo el mundo, pero es la primera vez que me atrevo a venir a este interesante mundo. Allá, en Occidente, parecen creer que aquí se comen a la gente cruda.

Nadja sonrió y repuso:

— Secuelas de las antiguas políticas aislacionistas.

Todo aquello ha pasado ya a la historia, Monsieur D'Auriac.

— Pueden ustedes llamarme Armand. El profesor Popovich es muy buen amigo mío.

— ¿Cuál es su interés por el cráter del Tunguska, Armand? —preguntó Piotr.

— Estrictamente geológico. He estudiado todo cuanto se ha publicado acerca de ello, desde su descubrimiento, en 1927, por Kulik. Me interesó también la teoría de Agrest y de Wegener.

— Sí —observó Nadja—. Agrest comparó la caída del meteorito del Tunguska con la explosión de una bomba atómica. Y como en 1908 todavía no se había descubierto la fisión nuclear, se dijo que, posiblemente, se trataba de un accidente sufrido por una nave extraterrestre que hizo explosión al estrellarse.

— Teoría nada desacertada —replicó Armand D'Auriac.

Esto hizo sonreír a Piotr. .

— Si la ciencia estuviese basada en teorías únicamente, creo que aún andaríamos guerreando con flechas y espadas. No, amigo mío. Yo puedo asegurarle a usted que del espacio no nos ha llegado aún ningún vestigio de vida inteligente.

Armand se volvió y miró fijamente al profesor ruso.

— ¿Está usted seguro?

— Por supuesto que no. Sería un necio si afirmase estar seguro de algo. Pero no hay pruebas de lo contrario.

— Eso es otra cosa. No hay pruebas concluyentes. Pero las hay.

— ¿Cree usted en la vida inteligente extraterrestre, Armand? —preguntó Nadja con interés.

— Sí, lo creo.

— ¡Vaya! — exclamó Nadja, casi con un suspiro de alivio —. Piotr no cree en nada más que en lo que ven sus ojos. Él sabe muy bien que existen seres embrionarios en el espacio exterior. Los ha visto y los ha descubierto. Es su mundo y su vida. Pero duda que tales microorganismos puedan ser inteligentes.

— Yo tampoco creo que la inteligencia o el espíritu se encuentre en el interior de la condrita carbonosa ni el principio de la vida orgánica esté en la célula tetrápoda descubierta en el meteorito de Orgueil por los químicos norteamericanos Negy, Hennessy y Mainschein, en 1961.

— Yo he descubierto microorganismos vivos más complejos — dijo Piotr Woronoff, casi en tono humilde.

— Lo sé, profesor Woronoff. La aportación que ha hecho usted a la ciencia le coloca entre los hombres más importantes del mundo entero — declaró Armand—. Y su *Woronia cellularis specia* es uno de los mayores logros de la investigación microcelular. Y ahí sí que se podría obtener algo respecto al principio psicobiológico de los organismos primarios.

— ¡Oh, yo quería disfrutar de esta expedición, olvidándome por unas semanas de la exobiología! —exclamó Nadja —. Lo único que hemos de hacer es dar algunos paseos y recoger muestras del terreno. No es que las necesitemos, porque tenemos material suficiente que nos ha sido enviado hace tiempo. Pero Piotr ha trabajado mucho últimamente y precisaba un descanso.

— Tomamos esta expedición como unas cortas vacaciones pagadas por la Universidad, Armand — añadió Piotr, sacando su bolsa de tabaco, en la que guardaba su pipa —. ¿Me permite?

— Sí, por supuesto. Yo no fumo, pero puede usted hacerlo, profesor — dijo Armand amablemente, para volver a mirar a Nadja—. Olvidaremos provisionalmente el trabajo. ¿Cuántos vamos en esta excursión?

— Unos quince. Hay algunos jóvenes universitarios. Vulcanólogos, sismólogos, geólogos, minerólogos, etc. Llevamos aparatos científicos de gran precisión para efectuar comprobaciones y mediciones más exactas que las anteriores. Y, naturalmente, equipos antirradiactivos. Hay un índice de radiactividad muy elevado en aquella zona.

— Eso es muy significativo — apuntó Armand, con una sonrisa —. Pocos aerolitos presentan esa característica peculiar. El calor desaparece a los pocos días y es fácil comprobar que se trata de restos volcánicos de algún mundo remoto.

— Restos de misterio —apuntó Piotr Woronoff, encendiendo su pipa.

— Cierto — admitió Armand —. Existen mundos en el cosmos, desprovistos de atmósfera, pero que mantienen una gigantesca agitación interna. Y con frecuencia lanzan al espacio grandes masas sólidas de materia

que la atracción gravitacional no puede retener. Estos gigantes incontrolados viajan a grandes velocidades por el cosmos y, obedeciendo a las leyes de la mecánica celeste, terminan por ser atraídos por otros planetas. Ese aspecto de la geología extratelúrica me interesa particularmente, pues busco materiales extraños.

— Yo pudo proporcionarle numerosas muestras de materiales inclasificados —ofreció Piotr.

— Oh, es usted muy amable, profesor Woronoff. Acepto encantado.

— A nuestro regreso, puede usted venir unos días a nuestra «dacha» de Moscú —dijo Nadja—. Nos sentiremos muy honrados con su presencia.

Armand D'Auriac hizo algo entonces que emocionó a Nadja, ruborizándola como una colegiala.

Se inclinó hacia ella y le dio una palmadita en las rodillas, como haría un amigo íntimo, con el que se tiene mucha confianza. Piotr no dio importancia alguna al gesto amistoso, pero Nadja se sintió embargada por una extraña e inquietante emoción, como si intuyera en aquel instante que el francés iba a desempeñar un papel preponderante en su vida.

* * *

El aerobús les condujo hasta Vanavara, donde fueron recibidos por las autoridades locales. Les llevaron a un hotel, para ofrecerles una recepción. Se trataba de gentes sencillas, que no estaban acostumbrados a tener entre ellos a científicos de la categoría de Piotr Woronoff.

Les dieron una cena, en la que corrió el «vodka» y el «walkur», especie de vino siberiano, de alta graduación, que animó los corazones y dio rienda suelta a la alegría. Pronto, los alumnos universitarios estuvieron bailando al ritmo de las «balalaikas», cantando y palmeando, e incluso Piotr dio algunos saltos, con gran regocijo de sus colegas y alumnos.

— ¡Baila, Nadja! —gritó Piotr.

Ella, que estaba sentada en una mesa, junto al risueño Armand, pareció dudar. Pero su marido la tomó de la mano y la llevó al centro de la sala. Allí,

Nadja demostró sus conocimientos del folklore ruso, siendo muy aplaudida por su breve actuación.

Sin embargo, a Piotr Woronoff el «vodka» y el baile, unido al calor de la sala, le sentaron mal. No estaba acostumbrado y pronto se encontró indispuesto. Se marchó sin decir nada a nadie.

Nadja y Armand quedaron solos a la mesa.

— Hábleme de usted, Armand — suplicó ella —. ¿Está casado?

— No. Estoy demasiado absorto en mi trabajo para pensar en frivolidades.

— El matrimonio no es una frivolidad — replicó ella—. Es el fundamento básico de nuestra sociedad. ¿No creerá usted en Huxley y supondrá que los bebés serán creados «in vitro» y desarrollados en incubadoras?

— En parte sí, y en parte no — contestó Armand, siempre sonriente—. Todo eso puede llegar. Pero no tengo nada contra el matrimonio, se lo

aseguro. Sin embargo, ocurre que todas las mujeres que me gustan, o que podrían interesarme, o están comprometidas o casadas, lo cual no deja de ser una pena.

— ¡Oh, cuánto lo siento! En nuestro mundo oriental hay muchas mujeres solteras y bonitas.

— ¡Lástima que no hablen francés, como usted! — dijo él, con lánguida entonación en la voz, a la vez que la envolvía en una de aquellas miradas profundas e intensas que Nadja sentía como si quedase desnuda delante de él.

Azorada, ella volvió la vista en torno suyo, a la vez que decía:

— No veo a Piotr por ninguna parte... ¿Dónde se habrá metido?

— Posiblemente, se haya retirado. Creo que ha bebido bastante y quizá se haya mareado.

— ¡Oh, perdone! —dijo Nadja, levantándose.

Se fue con rapidez. Armand permaneció sentado, viendo las evoluciones de los bailarines, y como ella tardaba en regresar, salió a la terraza. El cielo estrellado de verano lucía con todo su maravilloso esplendor.

Allí, su mente vagó por el infinito durante un tiempo indefinido, hasta que la voz de Nadja Woronoff, a su lado, pareció hacerle volver a la Tierra.

— Piotr está durmiendo. Se había acostado vestido. Le encontré sobre el lecho. He creído conveniente bajar a pedirle a usted disculpas.

— No tenía que molestarse, Nadja — contestó él —. Yo sé comprender.

— Piotr no está acostumbrado a estas fiestas. Es un científico y...

— Están ustedes disculpados, por supuesto. ¿Ha visto usted que noche más hermosa? —preguntó él, alzando la mirada al cielo.

— Sí. La noche en Siberia posee un encanto mágico. Sugiere un enorme paño de terciopelo cubierto de gemas refulgentes.

— Son mundos lejanos, como éste, donde habitan seres que sueñan también con el infinito —murmuró Armand.

— ¿Cree usted que hay seres en alguno de esos planetas? —preguntó Nadja.

— Sí. Estoy seguro — afirmó él.

— ¿Y cómo son esos seres que usted imagina?

— Son como nosotros. Con una cultura, una ciencia, una técnica y una ambición máxima.

— La ficción es poesía —susurró Nadja.

— No hablo de ficción, Nadja — Armand habló con voz entrecortada, a la vez que agarraba a la mujer de los hombros y la miraba a los ojos con su modo peculiarmente intenso—. Sé que esos seres existen... Yo los he visto.

— ¿Cómo? ¿Los ha visto? ¿Cuándo? ¿Dónde?

— Los he visto como la veo a usted... Pero no puedo decirle nada más. Es un secreto que no me pertenece y, por tanto, me es imposible revelar. Quizás algún día pueda hacerlo.

Armand se expresaba de un modo tan firme y convincente que ella casi tuvo la absoluta seguridad de estar escuchando la verdad, por muy insólita que

pareciera. Y lo más extraño fue que ni siquiera se dio cuenta de que él la tenía sujeta por los hombros y que sus rostros estaban muy juntos.

Pero el «hechizo» pasó en un instante. Él la soltó, volvió a sonreír y alzó la mirada al cielo.

— No me haga mucho caso. Soy un soñador; ¿A qué hora salimos mañana para la zona del cráter?

— A las nueve. Iremos en seis camiones con remolque que el Departamento de Cultura y Ciencias ha puesto a nuestra disposición. En las proximidades del cráter instalaremos el campamento. Para penetrar en los terrenos radiactivos, hemos de ir provistos de equipos adecuados.

— ¿Hay mucha radiactividad en esa zona?

— Más de la que nuestros cuerpos pueden soportar sin peligro. Aunque ya sabe usted que unas personas resisten mejor que otras las radiaciones atómicas.

— Sí, el ser humano todavía no ha asimilado los rayos alfa, beta y gamma. Eso no se logra en el transcurso de unos años. Habrán de pasar todavía bastantes siglos para que el hombre se adapte al ambiente o desaparezca, vencido por los elementos naturales.

— ¿Cree usted que el organismo humano se adaptará alguna vez a las radiaciones? —preguntó Nadja, sorprendida.

— Por supuesto, como se está habituando al enrarecimiento de la atmósfera. Le repito que el organismo no cesa de luchar contra el medio que nos envuelve. Por todas partes hay peligros, unos conocidos y otros desconocidos. Los seres de que antes le he hablado lo saben y están advertidos. Por eso son cautelosos. Han visitado muchos mundos como éste y hasta otros en peores condiciones ambientales. Toman sus precauciones, cuando ignoran las reacciones que ciertos elementos pueden ocasionarles.

— Es usted sorprendente, Armand — murmuró Nadja—. Hace un instante creí que iba usted a besarme. Ahora, me habla como lo haría un sujeto procedente de otro mundo, con conocimientos superiores a los nuestros. Y dentro de poco, si no me retiro, no sé de qué estaremos hablando. Pero estoy segura de que creeré todo lo que me cuente. Tengo confianza en usted.

— Procure que no la engañe esa confianza, Nadja. No hemos hecho más que conocernos — observó él.

— Sí. Y parece que ya le he tratado toda mi vida.

— Es usted muy joven. ¿Por qué se casó con Piotr Woronoff?

Nadja se mordió los labios.

— Supongo que le amaba. La gran admiración que sentía por él se convirtió en ternura. Además, necesitaba alguien que le cuidase.

— ¿Sacrificó usted su vida en aras de la admiración? — insistió Armand, seriamente.

— ¿Por qué me pregunta eso? —replicó Nadja, inquieta y sintiendo agitarse algo dentro de su ser.

— Es joven y bonita. Él es un sabio, sin duda, y la humanidad le está

reconocida. Pero hay sacrificios que una mujer no debe hacer.

— ¿Qué sacrificio he hecho? —preguntó ella, casi sin voz.

— Usted lo sabe muy bien — aseguró Armand —. Sólo tiene que contestarse a sí misma. Lo que los hombres llaman amor es algo completamente distinto.

— ¿Lo ha sentido usted alguna vez?

— Sí — musitó él —. Lo estoy sintiendo ahora.

Nadja ya no pudo resistir más. De repente, dio media vuelta rápidamente y se alejó corriendo por la terraza. Jadeaba. Estaba sumamente inquieta y agitada. No sabía qué le sucedía ni qué influencia empezaba a ejercer Armand D'Auriac en su corazón. Pero comprendió que era inquietante y peligroso.

Ella, a su modo, amaba a Piotr Woronoff. ¿Qué derecho tenía aquel extranjero, aquel desconocido, para inmiscuirse en sus más íntimos sentimientos humanos?

Capítulo II

HUELLAS APOCALÍPTICAS

El día 30 de junio de 1908, muchos de los pasajeros del ferrocarril Transiberiano que se hallaban detenidos en la estación de Kansk pudieron contemplar, mirando en dirección al norte, como una bola de fuego que se precipitaba hacia el suelo a gran velocidad. Poco después, oyeron un enorme estruendo, cuyo significado verdadero no se conocería hasta diecinueve años más tarde.

También los sismógrafos de los observatorios de Tashkent, Jena y Tiflis, entre otros, registraron un movimiento característico del seísmo, aunque después no se tuvieron noticias de haber ocurrido terremoto alguno.

En 1927, una expedición rusa, dirigida por Kulik, averiguó lo sucedido. A los 60° 55' de latitud norte y 101° 57' de longitud este, a casi cien kilómetros al noroeste de Vana vara, en plena «taiga» siberiana, había una extensa zona devastada que se calculó en más de ocho mil kilómetros cuadrados. Cien millones de árboles aparecían calcinados por el fuego, y en el centro de aquel cuadro desolador existía un cráter de enormes proporciones, rodeado de otros doscientos agujeros más pequeños, cuyas características daban idea de un meteorito gigante que hubiese hecho explosión en el momento de su tremendo impacto contra la corteza terrestre.

Las observaciones que se realizaron más tarde, desde el aire, daban una idea, aún más apocalíptica, de lo que debió ser la explosión en las soledades de la «taiga», en aquel lejano día de junio de 1908, y que se parecían de modo extraordinario con un paisaje lunar.

Por los cálculos que se realizaron, se debió tratar de un aerolito de medio millón de toneladas de peso, y la velocidad del impacto contra el suelo debió producirse a unos setenta kilómetros por segundo.

Desde luego, se trataba del mayor impacto de este tipo registrado hasta la fecha en la Tierra, y ulteriores hipótesis expusieron que fue debido a una explosión atómica producida no por la caída de un meteorito propiamente dicho, sino por una nave espacial extraterrestre, propulsada por energía atómica, y que debió sufrir una avería en sus motores de frenado[1].

De un modo u otro, el enorme cráter estaba allí. Y la expedición geológica y exobiológica, dirigida por el profesor Woronoff, acampó en sus inmediaciones, donde ya había llegado el helicóptero oficial que el Departamento de Cultura y Ciencia había puesto a su disposición, además de los vehículos con remolque.

Pronto montaron las tiendas-laboratorio, y los miembros de la expedición instalaron sus aparatos de medición, comprobación y análisis.

Nadja, que había viajado en coche distinto al de Armand D'Auriac, obedeciendo impulsos no explicables, parecía rehuir al francés, mientras que su marido, Piotr Woronoff, por el contrario, buscaba la compañía del otro, a

quien ofreció una tienda hinchable y termostática especial, para que pudiera realizar sus pruebas.

— Llevo todo mi laboratorio en una maleta, profesor — le contestó Armand —. No necesito hacer muchas comprobaciones. Lo que sí me interesa es llegar al centro mismo del cráter y obtener muestras del suelo.

— El centro mismo no es aconsejable, Armand. La radiactividad es muy acusada allí. Sólo podemos examinar el lugar desde el aire y sin entretenernos mucho.

— Si no puedo examinar el centro mismo del cráter, habré perdido el tiempo. Lo que yo busco está vinculado con el material de que está compuesto el meteorito. Las muestras que he analizado hasta ahora son inconcretas y sólo revelan un metal férrico muy sólido y cohesivo.

— Eso mismo he observado yo — admitió Piotr —. Al analizar los fragmentos que me fueron enviados, encontré un hierro ionizado muy duro.

— Que no es acero.

— No, desde luego. Deduje que sólo podía ser algo fraguado en la enorme retorta o crisol del interior de un planeta en ignición.

— O fundido en algún alto horno, aleado y mezclado con materiales que no conocemos — terminó Armand, sorprendiendo al ruso.

— ¿Por qué dice eso?

— Es una conjetura.

— ¿Cree usted, como Agrest, que se trataba de una nave espacial que hizo explosión?

— Pudiera ser.

— No hay prueba alguna de ello.

— Tampoco hay de lo contrario. Escuche, profesor Woronoff, nosotros somos científicos y nuestro deber es aceptar todas las hipótesis posibles para poder explicar los fenómenos que nos rodean. El tiempo se encargará de dar la razón a quien la tenga. Usted sabe, tan bien como yo, que la Ciencia ha sustentado y mantenido teorías completamente falsas. Muchas todavía subsisten. Otras han sido rechazadas por la realidad. No es permisible ya, en los últimos años del siglo XX, creer que estamos solos en el Universo, cuando tenemos tantas pruebas evidentes de la existencia de otros seres en el cosmos.

— Yo no niego todo eso. Pero tampoco lo afirmo. Quisiera pruebas más convincentes.

Armand señaló hacia el norte y dijo:

— Ahí puede estar esa prueba... ¡En el centro del cráter, oculta bajo tierra!

— Si eso es cierto, ahí habrá de permanecer mucho tiempo más, porque no seré yo quien penetre en ese horno radiactivo, ni siquiera con los equipos de protección.

— ¡Deseo que me autorice usted a ir yo, profesor Woronoff! —exclamó Armand en tono anhelante.

— ¿Está usted loco? — gritó el ruso.

— No correré ningún peligro, se lo aseguro.

— ¿No? ¡La radiactividad detectada en el centro del cráter por los contadores Geiger es de varios miles de curíes! ¡No viviría usted ni una semana!

— ¡Le repito que no correré ningún riesgo! — insistió Armand, con obstinada vehemencia.

— ¿Es usted un superhombre acaso?

— Está bien, profesor Woronoff. No discutamos. Usted es el responsable de esta expedición. Comprendo sus recelos y, si pudiera, se los disiparía. Sin embargo, le ruego que no se enoje conmigo si actúo por mi cuenta y riesgo.

— ¿No pretenderá desobedecerme e ir hasta el centro del cráter principal, poniendo en riesgo su vida y la de todos nosotros?

— No, por supuesto. Disculpe. Creo que he perdido el tiempo al venir aquí.

Terminado de decir esto, Armand D'Auriac dio media vuelta y se alejó hacia la tienda que le habían asignado.

* * *

— Nadja.

— ¿Qué, Piotr? — inquirió ella, dejando las ropas que había sacado de la maleta y volviéndose hacia su esposo.

— Estoy preocupado por el geólogo francés.

— ¿Qué te preocupa?

— No sé si es un loco o un inconsciente. Me ha pedido permiso para penetrar en el interior del cráter. Y aquello está lleno de radiactividad. Ni siquiera con un buen equipo protector es aconsejable ir allí.

— ¿Para qué quiere ir?

— Quiere obtener muestras... ¡No puedo dejarle! ¡Moriría en pocas semanas!

Nadja se acercó a su esposo y le tomó del brazo.

— Desde luego, no debes dejarle ir. Creo que a ese hombre no le importaría morir con tal de realizar un descubrimiento importante. Hay hombres de ciencia que son capaces de hacer cosas así, como inocularse una enfermedad para comprobar la eficacia de un antídoto.

— Precisamente. Armand cree que el cráter pudo ser producido por la explosión de una nave espacial extraterrestre.

— Sí, cree en la existencia de alienígenas — admitió Nadja —. Pero, ¿y si tiene razón?

— ¿En que existen seres que nos han visitado, procedentes de otros mundos lejanos? ¡Bah, Nadja; no sueñes! ¿Cuál es el mundo con posibilidades de vida más próximo que tenemos? Es Alfa de Centauro, a cuatro y cuarto años-luz de distancia. ¿Crees que existe algún medio de propulsión que alcance la velocidad de la luz? Todas las teorías respecto a los medios de propulsión fotónica son meras utopías. Nosotros somos científicos racionalistas y no de ciencia-ficción que viven de sueños irrealizables. ¿Por

qué crees que me han concedido el Bienal? Porque siempre estoy tocando con los pies en el suelo y vivo de realidades. ¡Claro que también sueño! Y creo que puede haber pluralidad de mundos habitados. Pero están tan lejos, fuera de nuestra galaxia, a cientos o miles de años luz, que es prácticamente imposible establecer contacto alguno entre nosotros.

»Eso es una realidad innegable. Las distancias son tan ingentes y abrumadoras que hemos de rechazar toda posibilidad de contacto...

— Armand me dijo anoche que había visto seres de otro mundo — dijo Nadja seriamente.

— ¡Ah, anoche! Yo también vi cosas muy raras. Pero fueron provocadas por el «vodka». No, querida.

Todo eso es demasiado fantástico. Y los franceses, de siempre, han tenido mucha imaginación. Sin embargo, quiero que me hagas un favor.

— ¿Cuál?

— Yo tengo que ir con los alumnos a los lugares señalados para efectuar las comprobaciones. Deseo que acompañes a Armand y estés siempre con él. No me gustaría que cometiera una tontería...

— Preferiría no hacerlo —replicó Nadja.

— Es un favor que te pido. Armand me ha sido recomendado por el profesor Popovich. ¿Qué le diré luego, si ocurre una desgracia?

— Ya es mayor de edad y sabe a lo que se expone.

— No, querida. A veces, los científicos son como niños. Y hay que cuidar de ellos, como... como tú haces conmigo. Es un favor personal que te pido.

— Me inquieta ese hombre —murmuró Nadja, soltando el brazo de su marido y volviéndose de espaldas a él.

— ¡Bah! Es un perfecto caballero francés, muy correcto. Pertenece a la antigua nobleza. Te lo ruego, Nadja. No debes perderle de vista. Conviértete en su sombra mientras estemos aquí. Yo tengo que ocuparme de todos los demás.

Nadja ya no replicó. Él la besó cariñosamente en la mejilla y luego salió del remolque.

A la hora de comer, Nadja fue a buscar a Armand, a quien halló en su tienda.

— Hola —saludó, sonriendo—, ¿puedo pasar?

— Sí. La puerta está abierta — replicó él.

Ella entró. Sobre la litera extensible, vio un equipo de protección contra la radiactividad. También observó una especie de maleta, de pequeñas proporciones, casi un maletín de mano. Armand se había cambiado de ropa y ahora vestía como un explorador, con fuertes botas, pantalones de tela gruesa, suéter de lana y chaqueta con numerosos bolsillos. Llevaba gafas de sol de color ámbar.

— Es la hora de comer. ¿Quiere acompañarnos?

— Sí, con mucho gusto.

— ¿Qué tal se encuentra aquí?

— Bien. Todo muy práctico y sencillo. Y abrigado, por supuesto. Las noches en esta región son frías, a pesar de estar en verano.

Hubo una pausa algo forzada entre ambos, que fue rota por Nadja, al decir con un suspiro:

— Parecemos dos personas que no tienen nada que decirse, ¿verdad?

— ¿Usted cree, Nadja? —replicó él—. Yo puedo decirle muchas cosas importantes... ¡Más importantes que usted y yo, por ejemplo!

Nadja se agitó, inquieta.

— ¿Cosas personales?

— Sí.

— ¿Por ejemplo? —inquirió ella, tensa.

— Le diría lo que pensaba decirle anoche.

— ¿Y qué pensaba decirme?

— Me gusta usted.

— ¿Cómo se atreve a...?

— Digo lo que siento. Nada más.

Nadja bajó la mirada y no replicó. Él continuó:

— No puede estar enamorada de Piotr Woronoff. Le admira únicamente. Eso no es amor. Su existencia con él es un sacrificio. Él es mucho mayor que usted...

— ¡No siga, se lo ruego! —suplicó Nadja, casi sollozando—. No puedo oír hablar de eso.

— Está bien. ¿Cuándo cree que podré volar sobre el cráter, en helicóptero?

— Esta tarde mismo, si lo desea.

— Gracias. Es usted muy amable. ¿Puedo salir a las cuatro?

— Sí. Iremos con usted el piloto y yo.

— ¿No puedo ir solo? Sé manejar esos aparatos.

— No puede ser.

— Entiendo. ¿Ha hablado usted con el profesor Woronoff acerca de mí? ¿Le ha dicho él que no se separe de mi lado ni un instante?

— Sí, eso me ha dicho — confesó Nadja.

— Está bien. Acepto su compañía. Su marido no podía ofrecerme un guía mejor. — Sonriendo, Armand se acercó a la confusa Nadja y la tomó amistosamente del brazo—. ¿Vamos a comer?

Salieron juntos de la tienda, para dirigirse a la gran tienda comedor, donde ya había algunos jóvenes bulliciosos. Uno de ellos se acercó a la pareja y, dirigiéndose a la mujer, le habló en ruso:

— Nadja, ¿vas a venir esta tarde con nosotros a reconocer los cráteres del lado oeste?

— No puedo, Wladimir. Debo ir en el helicóptero con el señor D'Auriac.

El joven dirigió a Armand una mirada inconcreta y luego dijo:

— Lástima. Nos gusta más tu compañía que la del profesor. Nos hubiéramos divertido.

— Mañana o pasado, Wladimir. Aún tenemos que permanecer aquí dos semanas más.

— Hemos pensado en hacer una excursión de caza. Sergei tiene escopetas.

— La señora Woronoff no podrá ir con vosotros — intervino Armand, hablando correctamente en ruso, cosa que sorprendió a Nadja en extremo —. Tiene que cuidar de este pobre extranjero.

* * *

Después de la comida en comunidad, dentro de la gran tienda comedor, Armand se levantó para ir a proveerse del equipo antirradiactivo. Piotr Woronoff insistió en que sería un vuelo sobre el cráter, a cien metros, como mínimo, de altura.

Nadja también fue a equiparse, y Piotr se quedó con otros colegas, hablando de ciertas peculiaridades de la región que visitaban.

En media hora, Nadja, Armand y el piloto, un joven de los Urales, con cara de niño, estuvieron preparados. El helicóptero era un aparato con capacidad para cinco personas y que podía permanecer «suspendido» en el aire más de diez horas.

Armand se presentó llevando la pequeña maleta que antes había llamado la atención de Nadja.

— ¿Qué lleva ahí?

— Varios objetos que puedo necesitar —replicó él en tono evasivo.

— No descenderemos sobre el centro del cráter — dijo Nadja, muy seria.

— No, por supuesto — replicó Armand, disponiéndose a subir al aparato, cuyo piloto ya ocupaba su puesto ante los mandos.

Sin embargo, Armand se detuvo ante la portezuela para que lo hiciera primero Nadja. Subieron los dos, y se sentaron inmediatamente detrás del piloto, que respondía al nombre de Yakov.

Armand colocó la pequeña maleta sobre sus rodillas, para proceder a sujetarse el casco de protección, al igual que hicieron Nadja y el piloto.

— Toda precaución es poca —observó Armand, sonriendo—. Si sufrimos un accidente y caemos sobre la zona de fuerte actividad radiactiva, conviene estar prevenido.

Nadja le miró de modo significativo, pero no replicó.

Un instante después, el aparato se elevaba, apenas sin ruido, para alejarse de las inmediaciones del campamento. Y no llevaba cinco minutos de vuelo cuando Armand abrió la maleta, introdujo la mano en ella y pulsó un aparato que había en su interior.

Nadja escuchó sólo un breve silbido, que pareció agudizarse intensamente, hasta hacerse inaudible.

— ¿Qué es...? —empezó a preguntar, sin poder continuar la frase.

También Yakov había vuelto la cabeza, dando muestras de alarma. Pero no llegó a despegar los labios. Fue Armand quien, con voz autoritaria, ordenó:

— No pueden oponerse a mi voluntad. Una frecuencia ultrasónica a la que

soy inmune les ha producido un estado de parálisis. No conservarán ningún recuerdo de esto, ni de lo que hagamos. Pero obedecerán ciegamente mis instrucciones. ¿Me han comprendido?

Tanto Yakov como Nadja asintieron afirmativamente.

— Ahora, usted dirigirá el helicóptero hacia el centro del cráter y descenderá hasta quedar inmóvil a diez metros del suelo. Yo bajaré por la escalerilla de emergencia. Ustedes me aguardarán en el aire.

— Muy bien, señor —dijo Yakov en tono sumiso.

Nadja, por su parte, no hizo comentario alguno.

Capítulo III

INMUNIDAD RADIACTIVA

Armand D'Auriac, llevando el maletín prendido de una horquilla del cinto, descendió por la escala metálica hasta llegar a tierra. Hizo una seña a Yukov, que estaba asomado a la compuerta de auxilio, bajo el trípode que sujetaba el tambor de la escala, y luego caminó unos pasos sobre el terreno irregular y negruzco.

Se arrodilló y dejó la maleta, que abrió; en el interior de la maleta había varios objetos metálicos de extraña forma. Manejó unos mandos con las manos enguantadas, realizando lo que parecían ser comprobaciones de ionización. Luego, con otro aparato, una especie de extraña arma, de boca ancha, estuvo enfocando el suelo en distintos lugares.

Al fin se detuvo en un lugar determinado y utilizó otro de los objetos que tenía en el maletín, aplicándolo al suelo y pulsando luego un botón. Se oyó algo así como una vibración bastante intensa. Armand no estuvo más de cinco minutos realizando este trabajo. Al concluir y retirar el aparato, en el suelo había un agujero cilíndrico, de unos tres centímetros de diámetro, al parecer muy profundo.

Cubrió el pequeño orificio con tierra y luego procedió a guardar todo su instrumental en el maletín. Cerró éste, volvió la mirada en torno suyo, y luego regresó hacia donde colgaba la escala del helicóptero. Utilizando el circuito interior de radio del equipo protector, ordenó a Yakov:

— Ya puede izarme. Hemos terminado.

El piloto accionó una palanca y Armand ascendió hasta el helicóptero. Sonrió a Yakov y luego a Nadja, mientras el piloto retiraba el trípode y cerraba la escotilla.

— Ya hemos terminado. Ahora, se tomarán ustedes una píldora que voy a darles y que no dejará huella alguna en sus organismos. Eso les protegerá de la radiación a que han estado expuestos durante unos minutos.

Diciendo esto, Armand abrió de nuevo la maleta y sacó un frasco metálico, que abrió con el pulgar. Dos pequeñas píldoras cayeron sobre su mano.

Nadja tomó una y se la tragó. Yakov hizo lo mismo con la otra, mientras Armand volvía a cerrar el recipiente y lo guardaba.

— Ahora, accionaré de nuevo el vibrador de frecuencia ultrasónica, en escala inversa, y recobrarán la lucidez. No recordarán nada y no sabrán, por tanto, que yo he descendido al cráter. Daremos unas vueltas a cien metros de altura y luego regresaremos al campamento. ¿Han comprendido?

— Sí —musitó Nadja, de modo automático.

Yakov tomó los mandos de nuevo, hizo elevarse el aparato y maniobró para describir círculos a prudente altura.

Efectivamente, Nadja pareció recobrarse entonces de su estado hipnótico,

porque, mirando a Armand, murmuró:

— ¡Qué raro! He creído quedarme dormida.

— No la he visto cerrar los ojos —contestó Armand.

Ella sacudió la cabeza, como si estuviese aturdida. Pero al mirar al suelo, a sus pies, vio huellas de tierra negra. Entonces miró a Armand.

— Esa tierra en sus pies...

Armand sonrió y dijo:

— Debí pisar algún terreno carbonífero. Debió ser en el campamento. Es una lástima no poder descender ahí abajo. Pero he comprobado que la radiactividad no es tan intensa como aseguran.

— ¿Cómo lo ha comprobado?

— Llevo una cámara de ionización aquí dentro. Si hubiese demasiada radiación, sonaría un timbre.

— ¿Doy unas vueltas por otro sitio? —preguntó Yakov.

— Por mí, ya podemos volver — contestó Armand —. He visto cuanto deseaba.

—No le comprendo a usted, Armand —dijo entonces Nadja—. Primero quería venir aquí y descender, por lo visto, sobre el cráter. Ahora que estamos aquí, no parece tener interés alguno por reconocer el lugar. ¿Qué es, pues, lo que pretende usted?

— He satisfecho mi propósito... dentro de las limitaciones impuestas, Nadja. Le estoy muy reconocido por su ayuda y compañía.

— ¿Regresamos, pues? —preguntó Yakov.

— Sí —respondió Nadja con expresión adusta—. Presiento que algo extraño está sucediendo aquí.

— ¿Qué quiere usted decir, Nadja? —preguntó Armand con suspicacia.

— No lo sé... Discúlpeme. ¿Qué hora es, Yakov?

— Las cuatro y... treinta y cinco. ¡Caramba, cómo ha pasado el tiempo!

Nadja no dijo nada más, hasta que el helicóptero tomó tierra junto al campamento. Entonces, al descender, observó:

— No veo tierra oscura por aquí, Armand.

— ¿No? Quizás esté dentro de mi tienda. ¿Quiere venir a comprobarlo?

— Sí. Tengo una sospecha — contestó ella, saltando al suelo y empezando a despojarse del casco de protección—. ¿Qué dirá usted si voy a buscar un contador Geiger y compruebo si hemos sido contaminados por la radiación?

Armand suspiró resignadamente y contestó:

— Venga usted a mi tienda. Le ahorraré ese trabajo. Tengo algo que decirle.

Nadja caminó al lado de él, dirigiendo miradas suspicaces al maletín que el hombre llevaba en la mano.

— Creo que usted ha contravenido las órdenes de Piotr y ha hecho algo para descender sobre el cráter — dijo ella.

— ¿Lo ha visto usted?

— No. Por eso creo que ha hecho algo extraño... ¡Algo con un objeto que

lleva en ese maletín! Le vi introducir la mano en él y luego... Tuve la impresión de haber quedado como dormida o aletargada. Es una sensación muy confusa y vaga, pero... Dígame, Armand, ¿quién es usted en realidad?

Él no respondió de inmediato. Pareció estudiar la respuesta. Al fin, dijo:

— Es curioso. Quisiera poder decirle muchas cosas relacionadas con lo que ocurrió en este lugar, en 1908, y en otros lugares de la Tierra. Pero sé que usted no va a comprenderme. No va a creerme en absoluto. Ni siquiera creerá que yo no soy un ser de este planeta.

Nadja se detuvo en seco, volviéndose para mirarle.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Venga conmigo, Nadja. Estoy seguro de que luego me lo agradecerá. Pero no puedo decir cuándo será ese luego, si dentro de pocos días o de muchos años. Lo siento por Piotr Woronoff, que se ha portado dignamente conmigo.

»De todos modos, esto contribuirá a esclarecer muchos conceptos que ustedes no comprenden.

Ahora, Armand D'Auriac miraba fijamente a Nadja. Y ella sintió algo así como si su mente se estuviese oscureciendo por instantes, dominada por un intenso influjo magnético, hasta que terminó por perder la noción de cuanto la rodeaba, excepto del mensaje hipnótico de los ojos oscuros que la dominaban.

* * *

Nadja Woronoff tuvo la sensación de estar viajando entre brumas de inconsciencia. Su mente era como un caos de alucinaciones insólitas e inconcretas, como si estuviese soñando cosas que no podía precisar.

De vez en cuando, la voz suave de Armand D'Auriac le decía cosas más extrañas aún que los sueños que asaltaban su cerebro. Cosas que ella no podía casi comprender.

— Mi nombre suena algo así como Oride Nikans, en lengua «maauzí». Soy oficial jefe de Reconocimiento Sideral y estoy efectuando un reconocimiento geológico en la Tierra, donde hemos perdido quince grandes naves en los últimos cuarenta siglos.

Nadja creyó vislumbrar rostros, gentes, aparatos de aviación. Oyó, incluso, ruido de grandes motores y captó retazos de nubes. Todas aquellas sensaciones estaban unidas a un viaje en automóvil, a través de la noche, y luego en un tren muy rápido.

También creía percibir la presencia de Armand siempre a su lado, atendiéndola. Incluso llegó a tener la certeza de que, en una ocasión, estuvieron comiendo juntos en un hotel, donde la gente hablaba una lengua extraña.

— Mi mundo está situado a quince años-luz de aquí, en esta misma galaxia. Se llama Maauz, y tenemos grandes ciudades, comunicadas entre sí por vías magnéticas. Nosotros dominamos el antimagnetismo y la antigravedad, fuerzas éstas que extraemos de la antimateria, porque nuestra

ciencia está mucho más avanzada que la vuestra.

«Nuestras naves siderales se mueven a enormes velocidades, muy superiores a la de la luz, a través de canales cósmicos, que nos permiten recorrer enormes distancias en pocos días terrestres. Pero también podemos reducir esas velocidades hasta inmovilizar completamente nuestras naves y dejarlas orbitando en torno a cualquier planeta.

«Nuestra civilización es muy antigua y nuestra cultura mucho más vasta que la vuestra. Jamás hemos sostenido guerras ni contiendas con nadie, ni entre nosotros ni contra otras razas del universo. Somos pacíficos y sabemos protegernos si nos acechan o atacan, envolviéndonos en inexpugnables «muros» magnéticos.

«Nuestras inquietudes científicas nos han llevado infinidad de veces a explorar mundos distintos al nuestro. Así fue cómo llegamos aquí, hace muchos siglos. Vuestra raza nos ha interesado siempre desde un punto de vista estrictamente científico y evolutivo. De ahí nuestras visitas y reconocimientos. Hemos sido testigos, por ello, de vuestra evolución, en la que hemos intervenido, parcialmente, siglos atrás, cuando creímos que vuestro fin era inevitable, dadas las condiciones desfavorables del planeta, cuyo medio ambiente pasó por momentos críticos y peligrosos, haciendo desaparecer especies animales mucho más resistentes que vuestros débiles organismos biológicos.

Nadja también creyó sufrir lapsos de oscuridad e inconsciencia totales, en los que no era capaz de escuchar voz alguna ni ver visiones extrañas. Aunque a ratos siempre tuvo la impresión de estar viajando. Y en una ocasión concreta supo con toda certeza, tal vez porque su mente quedó despejada unos instantes, que viajaban en automóvil por un tórrido y caluroso desierto.

— Nosotros no esperamos obtener ningún provecho de los terrestres. No sois, como se podría llegar a creer, un rebaño al que cuidamos para que no se extravíe o se pierda. Pero hemos tenido que protegeros, en varias ocasiones, de las acechanzas y codicias de razas conquistadoras del cosmos, que pretendían adquirir derecho de propiedad sobre vosotros.

»Me refiero a los “irveknos”, esos condenados y malditos comerciantes de remotos mundos, que vinieron hace siglos con sus gigantescas naves de cabotaje y se llevaron tribus enteras de terrícolas, trasplantándolos a otros mundos distantes y similares a éste, donde se han reproducido y están trabajando para ellos.

»Los “irveknos” son también andróginos, que caminan erectos y proceden del tronco común que domina nuestras razas, y cuyo origen se remonta a la noche ancestral de los más remotos tiempos.

«Puede que todos procedamos del mismo mundo. Sin embargo, la evolución no ha sido igual en todas partes, dado que las condiciones ambientales tampoco son las mismas. Así, los hombres-reptiles de Kaarmal, debido a la intensa gravedad de su mundo, se debieron ir transformando hasta adquirir el aspecto que poseen ahora, de verdaderos saurios humanos,

primitivos porque no aceptan la idea del progreso y la evolución. Y así permanecerán siempre hasta que otras razas superiores los exterminen.

»Lo mismo ocurrió con los simiescos “vokros”, de Altais-Indra. Se apegaron a su mundo fértil, hasta que lo esterilizaron. Y como no poseían técnica ni cultura algunas terminaron por hacerse antropófagos y devorarse a sí mismos. Su mundo es un desierto en la actualidad. Allí no ha quedado ni el más mínimo vestigio de vida. Pero Altais-Indra puede ser repoblado cuando convenga y albergar en él a una raza superior que reproduzca allí la vida.

* * *

De pronto, Nadja se encontró sentada en una silla metálica, en una estancia extraña de techo bajo y color azul claro, con un mobiliario jamás soñado, donde nada parecía tener relación alguna con todo lo que ella estaba acostumbrada a ver en Moscú.

Por ejemplo, frente a ella, había como dos tubos de cristal, en cuyo interior se veían unas piezas de diseño singular y que se estaban iluminando. Entre los dos tubos, sostenidos por un soporte de color acero, había un espacio hueco, de medio metro cuadrado.

De tubo a tubo empezaron a saltar, súbitamente, débiles líneas eléctricas. Y, de pronto, apareció en el recuadro el busto de Armand, ¡quien ahora vestía un singular atuendo dorado y se cubría con una especie de casco de acero, provisto de extraños objetos!

Él sonreía abiertamente. Y le habló en ruso:

— ¿Qué tal, Nadja? ¿Te gusta tu aposento?

— ¿Qué es todo esto? ¿Dónde me encuentro? ¿Quién eres? ¿Qué significado tiene...?

— Te ruego que tengas calma, Nadja —replicó él—. Me estás viendo a través de un reproductor de imágenes, como yo te veo a ti, aquí, en mi cámara de mando. Ya te he explicado durante el viaje lo más esencial, aunque tú no podías hacerme preguntas, como era tu deseo. Ahora, que todo está en orden, puedo dedicarte unos momentos.

»Ahora estás totalmente consciente. ¿Por dónde quieres empezar? ¿Dónde estás? A cien millas al oeste de Bundooma, al pie de los montes Jones, en Australia Central, y hemos llegado aquí utilizando diversos medios de locomoción terrícola.

— ¿Me ha secuestrado usted? —preguntó Nadja, asiéndose a los brazos del sillón.

— No, aunque el profesor Piotr Woronoff cree que nos hemos ido y le has abandonado. Su sorpresa, empero, ha sido grande al saber que la recomendación de su amigo Popovich con respecto a mí era falsa. Y está muy sorprendido, puesto que la policía internacional le ha informado de que no existe ningún geólogo llamado Armand D’Auriac.

— ¿Cómo me ha traído usted hasta aquí? ¿No he opuesto resistencia? —preguntó Nadja.

— Ninguna. Estabas hipnotizada. Mis conocimientos psicosomáticos me han servido para neutralizar tu frágil mente. No has sufrido el menor daño físico.

— Gracias... ¡Pero esto es un rapto!

— Bueno. Tú me obligaste a ello. Cuando reconocí el interior del cráter del Tunguska, no debiste ser tan inteligente. El piloto Yakov actuó con naturalidad y no receló nada. Tú, por el contrario, fuiste suspicaz y hasta te fijaste en las huellas que dejaron mis botas. Me hiciste preguntas demasiado comprometidas y entonces decidí responderte a todas.

«Confieso que es la primera vez que me siento inclinado hacia una mujer. Nosotros no actuamos, como vosotros, dejándonos llevar por impulsos psíquicos de atracción o rechazo.

— ¿Y qué lugar es éste?

— Una cabina, dentro de la nave espacial que dirijo.

— ¿Estamos solos?

— ¡Oh, no; hay aquí veinticinco compañeros míos! En este momento, sin embargo, diez de ellos se encuentran en diferentes partes del mundo, realizando lo que podemos llamar una misión de información, o sea, recopilar datos sobre el desarrollo actual de la ciencia en los lugares más avanzados técnicamente del planeta. No nos interesa lo que hacen los aborígenes de Australia en estos momentos. Pero sí tiene particular interés para nosotros saber cómo actúa el ciclotrón gigante que se está probando en la Universidad de Los Ángeles, así como las naves que se han colocado en las rampas de lanzamiento de Baikonur y Cabo Kennedy.

— ¡Yo no quiero permanecer aquí! ¿Qué se propone usted hacer conmigo? —casi gritó Nadja.

— Me proponía enseñarte la nave, nuestra técnica, presentarte a seres extraterrestres, dejar que hables con ellos y te enteres de cosas que no creías posible. Son muy pocos los humanos que han mantenido contacto con nosotros y es una experiencia importante.

»Llegará un momento, sin duda, en que habremos de establecer contacto abierto con vuestra raza. Ahora todavía es prematuro. No hay confianza en vuestras reacciones y nuestros cálculos no son ciertamente alentadores.

«Estamos influyendo para la unión total y definitiva de todos los pueblos de este mundo. Esto costará años. Inculcamos, valiéndonos de procedimientos que luego te mostraré, ideas de perfección en los políticos más predominantes. De este modo, poco a poco, se irá verificando el cambio que unirá desarrollo científico con madurez intelectual. Desaparecerán viejas y arcaicas teorías y se irá instaurando la nueva conciencia que transformará este mundo.

— ¿No es eso una injerencia en asuntos que no os incumben?

— A nosotros nos compete todo aquello que está relacionado con el desarrollo y crecimiento de pueblos que, con el transcurso de los siglos, pueden ocupar, junto con nosotros, un lugar preeminente en el desenvolvimiento de las razas del universo —replicó el hombre que había

dicho llamarse Oride Nikans—. Y ahora tengo que ocuparme de otros asuntos. Voy a conectar al reproductor de imágenes una grabación histórica de Maauz, a través de la cual aprenderás a conocernos mejor. Verás nuestro mundo, nuestras ciudades y todo lo que es digno de ser visto en el planeta de los que dedicamos nuestra existencia a la investigación, el progreso y el desarrollo de todos los mundos del cosmos.

«Hasta luego, Nadja. Nos veremos a la hora de comer.

La imagen de él desapareció lentamente de la pantalla...

Capítulo IV

LOS SERES DE MAAUZ

En una cabina rodeada de luces, sentado en algo parecido a una silla giratoria que cubría una campana transparente, Oride Nikans se hallaba dedicado a un complicado estudio psicológico.

Su mente debía de estar totalmente absorta en el análisis de algo, cuyos resultados comprobaba en un tablero cóncavo, de vidrio luminoso, que tenía delante. De vez en cuando, el hombre de Maauz pulsaba algunos contactos y hacía aparecer extraños guarismos sobre el tablero.

Un sector del muro se descorrió a la derecha de Oride. Un sujeto alto, esbelto, de facciones agradables y vestimenta similar a la que llevaba Oride, apareció en el triángulo de entrada. No se movió de allí, hasta que Oride se volvió, al cabo de unos minutos.

En una lengua desconocida, Oride preguntó:

— ¿Qué ocurre, Jokk?

— Quiero hablarte, Oride.

— Pasa.

El hombre llamado Jokk avanzó y se detuvo ante Oride.

— ¿Y bien?

— No nos gusta que hayas traído aquí a esa mujer.

— Tenía que hacerlo.

—¿Por qué?

— ¿He de contestar a tu pregunta, Jokk? Yo soy el jefe aquí.

— Sí, aquí eres el jefe. Pero en Vankig hay jefes superiores. Y no has cumplido las órdenes que te dieron. Esa mujer no debe permanecer aquí.

Oride Nikans presionó un pulsador de control interior e hizo que se alzara la campana transparente que lo envolvía. También se apagaron algunas luces del tablero central. Se puso en pie y se plantó frente a su visitante.

— Mientras estemos fuera de Maauz, en el espacio o en otros mundos, yo gobernaré la nave, Jokk. Si algo me ocurriera, tú tomarás el mando. Eso has hecho mientras he permanecido afuera. Ahora he vuelto y el mando me pertenece. Soy el responsable de todo, incluso de mis propios actos. Y no tengo por qué darte explicaciones, ni tú tienes autoridad para pedírmelas.

Jokk pareció quedar cortado por estas palabras que no fueron pronunciadas en tono autoritario.

— Supongo que pensarías en mi ausencia definitiva, Jokk. Te gusta mandar la nave, ¿verdad? Eres un segundo oficial disciplinado, pero ambicioso. Y eso es un grave defecto.

— ¡Eso no es cierto, Oride! —se defendió el otro—. No puedes acusarme de ambición, sino de exceso de celo, por la seguridad de todos.

— La seguridad de esta nave es responsabilidad mía y no tuya. De momento, estamos seguros aquí. Nadie puede descubrirnos. Y si eso

ocurriera, nos iríamos a otra parte. Tales son las órdenes.

— ¡Ningún terrícola puede penetrar aquí! —replicó Jokk, ahora secamente —. Conozco las instrucciones. Nosotros podemos mezclarnos con ellos, en los lugares señalados por los Focos de Influencia. Para ello hemos sido preparados. Tu influencia es casi total, porque dominas las lenguas de este planeta.

»Pero ningún terrestre puede saber quiénes somos.

— Te equivocas, Jokk. Hay terrestres en Maauz.

— ¡Son especímenes!

— Son seres humanos que nuestros coterráneos secuestraron y se llevaron allí para estudiarlos, y gracias a los cuales nosotros sabemos sus lenguas, conocimientos y costumbres. ¿Quién te dice que Nadja no es uno de ellos?

— No son ésas las instrucciones que nos dieron al salir de Vankig.

— ¿Y tú qué sabes, Jokk? ¿Acaso hablaste con Get Kolzer? No te equivoques, Jokk. Yo puedo hacer lo que crea conveniente. Tú no debes pedirme explicaciones de mis actos. No tengo por qué dártelas. Es más, puedo llevarme a Nadja a Maauz; puedo dejarla aquí cuando nos vayamos, borrando de su mente cuanto ha visto, y puedo eliminarla totalmente, si lo considero necesario. Y de mis actos sólo yo soy responsable.

— Sí. Pero nosotros también podemos recurrir al Orden Tercero.

— ¿Por qué? — casi gritó Oride.

— Algunos creemos que no actúas bien. Y si decidimos que tanto la nave como la tripulación corren peligro debido a actos irreflexivos del Oficial Primero, la Junta elegida puede desposeerte del mando e incluso encerrarte, hasta nuestro regreso a Vankig.

— ¡Si hacéis tal cosa, seréis expulsados todos de la División Sideral! — exclamó Oride—. Yo no he dado muestras de irreflexión. He comprobado que en el Tunguska cayó una nave espacial «irvekna», de gran tonelaje, propulsada por energía atómica. No se trata, pues, de la nave «Galmir-Kela», cuyo fin desconocemos.

«Hemos examinado los últimos cráteres abiertos sobre la superficie de este planeta. Y ninguno corresponde a la nave desaparecida. Es presumible, por tanto, que debió caer al mar. Cuatro quintas partes de la superficie total de la Tierra están cubiertas por el agua. ¿No hay más probabilidades de que se precipitara al fondo de algún océano, posiblemente el Pacífico?

— Aquí no dudamos de tu capacidad para revisar toda la estructura geológica de la Tierra —replicó Jokk secamente—. He venido a verte para hablarte de esa mujer. No queremos suponer que te hayas enamorado de una terrícola.

— ¡Basta, Jokk! —exclamó Oride, con gesto tajante—. Te prohíbo que hables de ese modo. Un «maauzí» no puede enamorarse de una terrícola. Eso es un disparate. Y si habéis pensado quitarme el mando, no os aconsejo que lo hagáis. Carecéis de argumentos firmes para ello. Grabaré una información completa de todo esto para Get Kolzer. Y piensa que para recurrir al Orden

Tercero debe hallarse a bordo toda la tripulación y ser trece contra doce, como mínimo, porque los acuerdos que toméis sin el consentimiento de la mayoría carecen de legalidad.

Las palabras «maauzís» del supuesto Armand D'Auriac eran cortantes y autoritarias hasta el extremo que su subordinado se sintió, por vez primera, inquieto y desasosegado, pues replicó en tono inseguro:

— ¿Por qué hemos de discutir, Oride? ¿Es que no sería mejor hacer que esa mujer volviera a su país? Ella no está aquí por voluntad propia. Fue hipnotizada por ti.

— ¡Te repito que eso es asunto mío! Y puedes retirarte, Jokk. Piensa bien lo que haces. Nosotros no somos terrícolas.

Jokk fue a responder, pero optó por dar media vuelta y salir de la cabina.

Al quedar solo, Oride reflexionó brevemente. Luego también se dirigió a la salida. Afuera había un pasillo helicoidal, que giraba en torno al interior de la nave. Penetró en un hueco cilíndrico descendió, por ingravidez, a un piso inferior, donde estaban las cabinas de la tripulación. Se detuvo ante una puerta triangular, presionó un resorte del muro y la puerta se abrió.

Dentro, Nadja Woronoff se volvió súbitamente en su asiento al verlo aparecer.

— ¡Armand! — exclamó.

— Mi nombre es Oride —dijo él en ruso—. Oride Nikans. ¿Cómo estás?

— Asombrada de cuanto he visto aquí.

El registro de imágenes estaba funcionando aún y mostraba una preciosa vista diorámica, en perspectiva diáfana, de una ciudad Maauzí, en la que se veían atrevidas e increíbles arquitecturas, avenidas metálicas y móviles, y gentes que iban de un lugar a otro, vistiendo ropas de diseño fantástico.

Al entrar Oride, la puerta se cerró tras él.

— Tengo un problema contigo —dijo Oride, acercándose a ella—. Algunos de mis hombres no están de acuerdo con tu presencia aquí. Me han reprochado el haberte traído aquí.

— ¿Por qué lo has hecho?

— Por varias razones. La principal, sin embargo, es que no quería separarme tan pronto de ti. Creo haberte tomado afecto. Eso sorprende a mis subordinados. No conciben que un «maauzí» puede sentirse atraído por una mujer terrestre.

— ¿Atraído únicamente?

— No puedo expresarlo de otro modo. Sé lo que vosotros llamáis amor y ese concepto es insólito para nosotros.

— ¿No os amáis unos a otros?

— Nosotros somos unisexuales — contestó Oride —. Lo que vuestros fisiólogos llaman hermafroditas.

Nadja quedó sorprendida.

— ¿Puedes tener tus propios hijos?

— ¡Oh, no! Nada de eso. En Maauz, los seres nacen en los laboratorios.

— ¿Y todos con el mismo sexo?

— Sí.

— ¿No existe la reproducción natural?

— Hace muchos siglos que fue superada.

— Entonces no puedes sentir atracción por mí.

— Al estudiar vuestras costumbres y lenguas, me sorprendí de vuestra paridad sexual. Es lógica y necesaria, pese a los inconvenientes que ello lleva consigo. Puede que dentro de cien mil o un millón de años sea conveniente suprimir el sexo de la Tierra. El hombre no tendrá necesidad física de la mujer para perpetuar la especie. Eso nos ocurre a nosotros.

»Sin embargo, nosotros nos amamos unos a otros.

A esto se llama atracción simpática. Una persona gusta a otra, sin motivo aparente. Si hay correspondencia, estas dos personas pueden amarse. Naturalmente, en este amor no interviene el sexo.

— ¿Amor platónico? — preguntó Nadja, asombrada.

— Algo de eso. Nuestros sociólogos lo llaman afinidad selectiva.

— ¿Y no tenéis familia?

— Toda la raza «maauzí» es una gran familia. Todos somos hermanos. Tenemos los mismos deseos colectivos, aunque nuestros deseos propios no vayan paralelos con los del Orden Único General.

Nadja parecía estar desorientada. Con frecuencia miraba a su alrededor, distrayéndose en la contemplación de algún raro objeto, como si no pudiera resistir la intensa mirada de los ojos magnéticos de Oride.

Así, rehuyendo su vista, Nadja preguntó:

— ¿Qué es, en realidad, lo que sientes por mí?

— Algo más que curiosidad.

— ¿Qué quiere eso decir?

— Allá, en Vankig, al estudiar lenguas terrestres, para obtener el grado de Oficial de Reconocimiento de la División Sideral, hablé con hombres y mujeres de tu mundo, que viven en una colonia que ellos han bautizado con el nombre de «Edén».

»Tuve que permanecer bastante allí bastante tiempo. Debo decirte que tus coterráneos sueñan con regresar a su mundo alguna vez, pero son felices y gozan de entera libertad. No están cautivos, ni mucho menos.

— ¿Cuántos son?

— Unos quinientos y representan a casi todos los pueblos de la Tierra. Yo tenía una profesora de francés, llamada Josette D'Auriac. Sí, de ella tomé el nombre supuesto. Y nuestro departamento de identidad me hizo la documentación que he utilizado.

»Josette vivía allí con su esposo. Estudian lentamente nuestra ciencia y costumbres y colaboran gustosos con nosotros. Nos conocen y los conocemos.

»Sé que es frecuente que los alumnos jóvenes se enamoren de sus profesoras. Yo me enamoré de Josette, pero a nuestro modo. Ella no fue infiel a su esposo, porque consideró mi sentimiento como un simple afecto

amistoso.

»De haber continuado visitándola, creo que hubiera cometido una locura. No lo hice y me alegro. Ni ella hubiese podido ser mía, ni yo de ella. Nos lo impide la imposibilidad física y biológica de nuestro metabolismo distinto.

«Algo semejante me ocurrió contigo. Al verte, creí sentir lo mismo que con Josette. No lo comprendo. Es una atracción psíquica muy fuerte e incomprensible. Parece como si un deseo ancestral y extinguido se despertase en mí.

» Y de esto hablé con uno de nuestros fisiólogos más prestigiosos, quien me dijo que, posiblemente, yo padecía un trauma psíquicosexual, que definió como algo que me inducía a reavivar el instinto primitivo del hombre, desarraigado de mí y de todos mis semejantes.

«Nosotros no somos hombres ni mujeres. Nuestros órganos se han atrofiado por mutaciones genéticas. Pero eso no significa que hayan desaparecido. Existen y pueden revitalizarse por medio de una simple operación y un breve tratamiento hormonal.

— ¿Quiere eso decir que podrías ser un hombre como Piotr? —preguntó Nadja.

— ¡O una mujer como tú! —contestó Oride.

Nadja sonrió.

— Sería ridículo que predominase en ti el sexo femenino. No tendría explicación la atracción que dices sentir hacia Josette o yo.

— Sí, eso creo. Y como nuestras leyes no nos prohíben realizar esas experiencias, he pensado...

— ¿Llevarme contigo y volverte un hombre primitivo, de los que hacen el amor con una mujer?

Oride asintió con la cabeza.

— ¿Podrías darme hijos?

— Tal vez. Será una novedad en Maauz —declaró Oride.

— Debo sentirme muy honrada con tu elección, Armand. Pero sucede que quiero a Piotr y no me seduce la aventura que me propones —contestó Nadja —. Supongo que habrás previsto esta reacción mía, ¿verdad? ¿O piensas actuar en contra de mi voluntad hasta el fin?

— No, por supuesto que no. No entra en mis cálculos obligarte a obrar contra tus deseos.

— Entonces debes devolverme a Piotr.

Oride Nikans frunció el ceño. Después de reflexionar unos instantes, habló:

— He conocido muchas mujeres terrestres, tanto en Rusia como en otros países. No creas que llevamos aquí sólo unos días, sino que hemos permanecido más de tres años y ya hemos cambiado de refugio seis veces. Tú eres la mujer que más me ha interesado. Pero no te habría traído, de no haber sido por tu suspicacia. Yo traté de evitarte. Tú te cruzaste en mi camino, como si un destino extraño nos empujara el uno hacia el otro.

«Puedo besarte, Nadja, como hice con Josette D'Auriac. Y estoy seguro de que experimentaré la misma sensación inefable de enajenación que me induce a creer que puedo convertirme en un ser distinto al que soy ahora... ¡Un ser capaz de crear sus propios descendientes, según leyes genéticas que nuestros sabios extirparon!

— ¿Es eso lo que encontráis a faltar en vuestra raza?

— Nosotros estamos casi automatizados, somos esclavos de ciencias y técnicas perfectas, casi robots de carne y hueso. Nos crean en salas de ginecología artificial. Vierten unas gotas de ácido desoxirribonucleico y nos colocan en tubos de ensayo, donde la vida se reproduce de modo natural, para pasar luego a las incubadoras. No existe ni un fallo. Somos alimentados racionalmente hasta que adquirimos el tiempo idóneo para pasar a la segunda fase de desarrollo. Luego se moldea nuestro cerebro, según las necesidades que se tienen de expertos en unas materias u otras, porque existe un Departamento de Coordinación social que controla los puestos de trabajo, el crecimiento industrial y técnico, lleva el control demográfico y entiende en todo lo relacionado con la población.

— ¿Sois miembros de una sociedad tecnificada?

— Sí, pero dentro de una organización democrática y libre, que nos permite elegir nuestras aficiones, siempre y cuando cumplamos con nuestras obligaciones sociales.

»Yo fui educado para navegante sideral. Me esforcé durante mucho tiempo para alcanzar el grado de Oficial. Y me debo al cumplimiento de mi deber. Por ejemplo, ahora estoy permanentemente de servicio, por hallarme lejos de nuestro mundo. Luego, cuando regrese a Maauz, tendré un descanso tres veces superior al tiempo que he permanecido ausente.

Y podré hacer lo que se me antoje. ¿Has comprendido? Y en mi mundo hay diversidad de distracciones.

— De todas formas, yo no te quiero, Armand — dijo Nadja —. Y creo tener derecho a elegir mi propio destino. Me gustaría muchísimo conocer tu mundo, pero ha de ser a condición de luego poder explicarlo a mis semejantes. Si he de perder el recuerdo de todo, no me interesa continuar siquiera aquí.

— Puedo hacerte olvidar el recuerdo de Piotr, pero sé que no te casaste con él por amor.

— No importa. El tiempo que he vivido con él ha transcurrido para mí disfrutando de perfecta felicidad. No deseo más. Y tampoco quiero servir de conejillo de Indias contigo. Si nos conoces bien, sabrás que las mujeres de la Tierra somos muy posesivas. Lo nuestro no sabemos compartirlo con nadie... Y no creo que entre tú y yo pueda surgir nunca el amor.

— ¿Me dejas intentarlo al menos? —preguntó él.

— ¿De qué modo?

— Así, por ejemplo —musitó él, acercándose a ella y asiéndola por los hombros.

Nadja no se movió. Entornó los ojos, sin embargo, cuando él acercó sus labios a los suyos y la besó de un modo que Nadja jamás pudo creer que se pudiera besar a una mujer.

Tuvo la sensación de penetrar en el interior de aquel ser extraño, procedente de otro mundo, e instalarse en su alma. Percibió el calor más inusitado y extraordinario que puede dar el amor. Sintió desfallecer, casi la agonía de un placer nuevo, de una angustia exquisita, de una locura inenarrable.

Y gimió, retorciéndose en el éxtasis de la más estremecedora emoción.

Así quedó, casi desmayada, sobre una especie de curiosa litera que había surgido del pavimento, cuando él ya se había marchado, después de tenerla en sus brazos unos minutos solamente, sin que su contacto hubiese ido más allá de un beso.

¡Pero Nadja comprendió que se había enamorado de una voluntad más fuerte que la suya! ¡Y se estremeció de gozo!

Capítulo V

EL AEROLITO DE HENBURY

Nadja había descendido por la rampa brillante y contemplo la nave espacia] «maauzí» bajo el toldo opaco que la ocultaba de las miradas del exterior. Oride le había dicho: «Cualquier avión terrestre que vuele sobre nosotros distinguirá como un montículo pardo, situado junto a una cordillera montañosa. Habría que ser muy suspicaz y conocer detalladamente el terreno para darse cuenta de que aquí había nacido una nueva colina».

Ahora, debajo de algo parecido a la gran carpa de un circo, Nadja admiró la gran masa metálica y plateada del gigante sideral, cuya forma externa era lenticular, como el concepto clásico que se tenía de un misterioso platillo volante.

Vio varios vehículos de fabricación terrestre, que estaban alineados cerca de la entrada disimulada del refugio. Sabía que los subordinados de Oride salían y entraban de allí con frecuencia, y pasaban semanas y hasta meses en las grandes ciudades del mundo entero, del mismo modo que había hecho él, yendo a Siberia a investigar el impacto producido por lo que los terrestres creían un meteorito de grandes dimensiones.

— En las cercanías del Tunguska no cayó un aerolito — le explicó Oride —. He comprobado que se trataba de una gran nave comercial «irvekna», accionada por propulsión atómica. La radiactividad que todavía conserva el lugar obedece a ello. Ignoro lo que debió ocurrirles. Tal vez perdieron el dominio de la nave y se estrellaron. Al penetrar en la atmósfera de la Tierra, el roce la incendió, adquiriendo el aspecto de un auténtico meteorito. Pero al golpear contra la corteza, estalló y sus fragmentos se dispersaron en todos sentidos, formándose así todos los cráteres inferiores que existen en torno al cráter grande.

«Nosotros buscamos una nave espacial, llamada "Galmir-Kela", con la que perdimos contacto hace bastantes años. Estaba de exploración y reconocimiento en el Sistema Solar y tememos que pudiera haber caído en la Tierra. Pero también pudo estrellarse en la Luna, Marte, Venus u otro planeta cualquiera.

«Nuestro deber es tratar de localizarla. Pero si se precipitó al mar será difícil dar con ella.

Nadja sabía cuál era la misión de Oride Nikans en la Tierra. Sabía cómo vivían los «maauzí» y hasta le inquietaba el segundo oficial, Jokk, con el que había hablado en dos ocasiones, durante una comida general que Oride compartió con sus subordinados.

Los alimentos de aquellos seres eran naturales. Los llevaban en una gran despensa, deshidratados, al parecer, o sometidos a un proceso de compresión vitamínico. Sin embargo, una vez servidos, ofrecían un aspecto apetitoso, olían bien y tenían buen sabor.

Nadja admiró el interior de la nave que ahora estaba mirando desde fuera. Era una obra de ingeniería como en la Tierra no podía hacerse. Funcionaba por magnetismo antigravitacional y desarrollaba, en el vacío interestelar, velocidades hiperlumínicas, sin que sus tripulantes, dentro de la gravedad artificial, se percataran de ello.

Nadja no había comprendido muy bien la explicación que le hizo Oride del medio de traslación de la nave.

— Al poner en funcionamiento nuestro campo magnético, nosotros anulamos la atracción del planeta y caemos al vacío a una velocidad que se inicia en cero y adquiere, progresivamente, una aceleración acústica, superacústica, o supersónica, y luego infralumínica. Cuando nos situamos en el vacío interestelar, el campo magnético es total, pero ejercido hacia los grandes campos magnéticos intergalácticos. Es entonces cuando desarrollamos velocidades lumínica y superlumínica. Aquí dentro, empero, no se nota la más mínima vibración. En el exterior, por otra parte, el vacío es casi absoluto.

»Esta técnica es algo que no conocen vuestros físicos y temo que aún tardarán muchos siglos en conocerla, a menos que nosotros decidamos comunicársela a alguien.

Nadja sabía, además, que en los planes «maauzí» entraba la futura «Concordia Universa», con razas de similar nivel científico, porque ellos eran grandes pacifistas. Pero consideraban que la raza humana aún estaba poco evolucionada para entrar en relaciones abiertas. Además en el planeta Tierra existían gérmenes y virus a los que los «maauzi» temían como a la peste, y contra los que estaban luchando desde hacía siglos, sin éxito. Las condiciones higiénicas de la Tierra eran insalubres y peligrosas para ellos, por lo que antes de regresar a su mundo debían someterse a un tratamiento de esterilización completa.

Y Nadja sabía muchas cosas de Oride Nikans, con el que soñaba a todas horas, creyéndose en posesión de la felicidad más completa, aunque un pensamiento de culpabilidad la cohibía al recordar a Piotr Woronoff.

Al poco rato de estar contemplando la gran nave, que tenía unos sesenta metros de largo por veinticinco o treinta de alto, Oride Nikans, ahora llevando ropas deportivas terrestres, salió a reunirse con ella.

La saludó desde la rampa, con un gesto cordial, gritándole:

— ¿Te he hecho esperar mucho, Nadja?

— Oh, no. Estaba admirando la nave... ¡Es fantástica! ¿De qué está hecho el fuselaje?

— Una aleación de níquel, cromo, berilio y tungsteno. No sé muy bien en qué proporciones. Es algo sumamente duro. Pero, además, está recubierta de una capa de cadmio antimagnético. Aquí no podéis hacer nada de esto.

Oride se acercó a ella y la besó en la mejilla. Desde la escotilla abierta de la nave, los ojos del segundo oficial, Jokk, contemplaban la escena.

— ¿Dónde vamos?

— A un cementerio «maauzi» que hay cerca da aquí. Se trata del cráter de Henbury, mucho más pequeño que el del Tunguska de Siberia. Éste sabemos que fue abierto por una de nuestras naves. Veinticinco seres perdieron su vida en el accidente que se debió a una impericia del oficial primero, al enfilar el ángulo de entrada en la atmósfera. Un ligero error de cálculo, y la nave, como un proyectil, se precipitó hacia el suelo.

«Nosotros hemos realizado una excavación subterránea y hemos podido penetrar en lo poco que queda de su interior. Antes de marcharnos de aquí, tenemos que obstruir esa entrada. Si los geólogos la encuentran, modificarán sus teorías sobre los meteoritos.

* * *

Oride condujo el vehículo hasta el pie de la colina que bordeaba el cráter. El calor era intenso en aquella hora de la mañana. El sol brillaba con fuerza en el cielo, pese a que era invierno en el hemisferio austral.

— Hemos de caminar — dijo Oride.

Nadja saltó a tierra. Aún llevaba las mismas ropas de expedicionaria a la región de Vanavara, que consistía en pantalón azul, botas, un jersey y una chaqueta de hilo.

Dejaron el coche y treparon entre las piedras sueltas. El desierto se extendía en torno a ellos con su implacable rigor. Por esto dijo Nadja:

— No se parece a los paisajes que he visto de Maauz, ¿verdad?

— En nada, querida — respondió él —. Aquello está civilizado por la técnica y la industria. Aunque llegará el día en que esto también estará poblado.

— Aquí no hay agua — observó Nadja.

— Te equivocas. El subsuelo contiene caudalosos ríos. Sin embargo, nosotros no necesitamos el agua para subsistir. Nuestro planeta está seco, pero producimos químicamente toda la que nos hace falta. ¿Has visto nuestros depósitos? No pueden ser más reducidos. En ellos se producen diez mil litros diarios. Luego de utilizada, la transformamos.

La altura del borde del cráter no era excesiva y pronto la alcanzaron, pudiendo ver, desde lo alto, un gran socavón en el terreno pardo que llamó la atención a Nadja, debido a su forma alargada y no circular.

— Todos los cráteres producidos por impactos aerolíticos son más o menos redondos. ¿Por qué éste es así?

— Debido al ángulo de incidencia del impacto. La nave traía una dirección de caída tangencial. A ello obedece ese alargamiento. Quedó sepultada a varios metros de profundidad. Ven, descenderemos por esta torrentera.

Incluso había arbustos dentro del cráter. Según Oride, la caída de la nave «maauzí» se había producido trescientos cincuenta años atrás.

— Ya verás lo que hemos encontrado de ella —dijo Oride.

Descendieron hasta el fondo del cráter y caminaron entre las piedras que

allí había, hasta llegar al montículo central, donde Nadja captó huellas de tierra removida.

Oride se inclinó sobre una gran roca y ejerció presión sobre ella con las manos. Su fuerza debía de ser extraordinaria, lo que maravilló a Nadja, puesto que logró desplazarla, dejando al descubierto un agujero perfectamente cavado en el suelo.

Maravillada, pues, Nadja exclamó:

— ¿Cómo has conseguido mover esa piedra? ¡Debe de pesar más de mil kilos!

— No —contestó él, jadeando un poco—. Sólo pesa seiscientos. Lo cual no es un gran impedimento para mí. Estoy habituado a esfuerzos mayores.

— ¡Entre nosotros serías un campeón olímpico!

— Ejercitamos nuestros músculos. Y sí, por supuesto, tenemos más vigor que vosotros. Pero no le damos importancia, por estar habituados a ello. Es normal entre nosotros ejercer una fuerza diez veces superior a la de nuestro propio peso.

El agujero descubierto por Oride tenía escalones regulares y se perdía en la oscuridad, en una inclinación de treinta y cinco grados.

— Sígueme — dijo Oride, sacando un pequeño objeto de un bolsillo y que resultó ser una potente lámpara eléctrica.

Descendieron por el angosto pasadizo, casi tocando el techo con la cabeza, hasta una profundidad de unos quince metros. Allí la luz descubrió una caverna de unos cuatro metros de diámetro. Y en el techo había un agujero circular, practicado en una masa negra y metálica.

— Así quedó nuestra nave — dijo Oride, señalando al techo—. Eso es parte de ella. El agujero lo hemos hecho nosotros para tratar de penetrar en el interior.

— ¿Y qué hay dentro?

— Un enorme retorcimiento de metal aplastado y fundido. Pero han quedado algunos huecos... No temas, los cadáveres han sido retirados ya. Otros no podrán ser extraídos jamás.

— ¿Vas a entrar ahí?

— Sí. Quiero enseñarte lo que es un meteorito por dentro, después del impacto y tras haber atravesado la atmósfera en un ángulo inadecuado.

Oride se afianzó con las manos al borde del agujero. Ahora llevaba la lámpara en la boca. Se izó con facilidad, desapareciendo dentro de la negra boca, para luego asomar y extender los brazos.

— Agárrate, Nadja.

Ella obedeció y se sintió izada con una facilidad pasmosa. Una vez arriba se encontraron en el interior de un amasijo de metal negruzco, alguna de cuyas partes parecía haber sido cortada con un soplete recientemente. Vio también lo que consideró como instrumentos de a bordo, parecidos a los que había visto en la nave sideral de Oride.

— Esto fue parte del reactor magnético. Hemos abierto paso hasta la

cabina de control, donde encontramos a cuatro tripulantes muertos. Estaban irreconocibles.

Oride se dirigió hacia el agujero practicado entre los hierros. Nadja le siguió. El paso era estrecho, pero se introdujeron por él y pasaron a una parte de pasillo, cuyas paredes estaban totalmente arrugadas y dobladas.

— ¡Parece increíble! —exclamó Nadja—. Jamás creí ver algo semejante. Debió de sufrir un impacto violentísimo.

— Creo que se precipitaron contra el suelo a una velocidad superior a los sesenta mil kilómetros por segundo. Y de no haber sido por el estrato basáltico que encontraron en el subsuelo, se habrían hundido en la tierra a gran profundidad.

Continuaron adelante, dentro de aquel dédalo de metal retorcido y aplastado, en muchos de cuyos lugares se habían practicado agujeros para abrirse paso. Así llegaron al centro neurálgico de la nave, que también estaba aplastado, roto, desgarrado y ennegrecido.

— En algún sitio, entre esa masa metálica — dijo Oride—, debe existir un registro, encerrado en una caja de vanadio, que nos revelaría las circunstancias del siniestro. Es como la caja negra que llevan vuestros antiguos aviones, y que sirven para determinar posibles fallos mecánicos humanos.

»Pero hasta el momento nos ha sido imposible localizarla. Y debe estar en alguna parte. Desde luego, esto no tiene forma de cabina de control ni de nada. Ahí estaban los cuatro navegantes, triturados. Pero el registro no tenemos ni idea de dónde ha ido a parar.

— ¿No se habrá fundido?

— Imposible. La aleación de vanadio no permite eso. Se hicieron pruebas y esas cajas resistieron temperaturas y presiones muy superiores a las producidas aquí. Será preciso remover todo...

Oride se detuvo de pronto, volviéndose y aguzando el oído. De repente, dio media vuelta y se dirigió hacia el lugar por donde habían entrado.

— ¡Quédate aquí y no te muevas! —exclamó.

Él y su luz desaparecieron súbitamente, perdiéndose por entre los recodos de la nave destruida. Nadja se quedó a oscuras, asustada e impresionada.

Oyó cómo débiles ruidos, distantes y confusos, y luego, con toda claridad, algo así como una explosión sorda y apagada.

¿Qué había ocurrido? ¿Por qué se fue Oride tan precipitadamente?

El temor se apoderó de ella. La oscuridad y el lugar sobrecogían. Se hallaba en el interior de un aerolito caído y sepultado bajo la corteza terrestre, donde habían muerto veinticinco compañeros de Oride, y, posiblemente, muchos de los muertos debían estar aún mezclados con el metal de los restos de la nave.

No era un pensamiento muy alentador. Pronto Nadja creyó estar viendo los espíritus fuertes de aquellos seres desaparecidos al producirse la catástrofe. Y el miedo se adueñó de su mente, transformándose en pánico.

Trató de salir de allí, pero se golpeó en la cabeza y quedó aturdida. A pesar de ello, se deslizó por entre las retorcidas y arrugadas planchas, se equivocó de camino y pronto se encontró en un callejón sin salida.

Entonces gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Oride! ¡Armand!

Su voz tomó mil inflexiones distintas en aquel reducido mundo subterráneo de recovecos múltiples y siniestros. Ecos apagados resonaron por todas partes.

Asustada ya hasta el paroxismo, temiendo haber sido dejada abandonada allí, se puso a gritar, a llorar, a golpear el metal con las manos, hasta que casi la dominó la histeria y la locura.

Sin embargo, de pronto, una luz se filtró por entre los resquicios del metal. La voz de Oride llegó hasta ella, llamándola por su nombre.

— ¡Aquí, Oride! — replicó Nadja desesperadamente—. ¡Ven, por el amor de Dios! ¡No me dejes sola!

Poco después, él la abrazaba fuertemente, y le besaba en el rostro, tratando de tranquilizarla.

— Serénate, sosiégate. Ya he vuelto. No llores.

— ¡He pasado un miedo terrible!

— Te creo. Pero ya he vuelto.

Llorando todavía, ella le miró al rostro y preguntó:

— ¿Por qué te fuiste?

— Oí un ruido y presentí...

— ¿Qué, Oride? ¿Por qué te interrumpes? ¿Qué ha sucedido?

— Bueno, no te asustes. Podremos salir.

— ¿Qué quieres decir?

— Pues... que alguien nos ha dejado encerrados aquí.

— ¿Eh?

— Sí. Han bloqueado la salida con una explosión.

— Pero... ¿Estamos sepultados?

— Sí.

De momento, Nadja no comprendió el significado de las palabras de él. Pero captó perfectamente la fuerte presión de los dedos de Oride sobre sus hombros.

— ¿Y no podemos salir?

— Lo intentaremos. Todo el túnel se ha desplomado... ¡Ese miserable de Jokk! ¡No comprendo cómo lo ha hecho! ¡Es inadmisible que uno de los nuestros haga algo así!

— Pero ¿no dijiste que vosotros sois incapaces de causar daño a los demás?

— Ése es nuestro principio vital. Sin embargo, temo que Jokk ha pasado demasiado tiempo en vuestro planeta y ha adquirido ciertos hábitos perniciosos.

— ¿Todo el túnel está obstruido?

— Sí.

— ¿Y cómo vamos a respirar aquí dentro?

— Aún tenemos aire para algún tiempo. Te diré lo que vamos a hacer. Saldremos de aquí. Yo trabajaré. Algo de lo que hay aquí nos servirá para excavar la tierra. Tienes que ayudarme, Nadja. Iremos metiendo la tierra dentro de la nave. Creo que encontraremos sitio. Son unos veinte metros de túnel. ¿Me comprendes?

Nadja no respondió, abrazándose fuertemente a él, como si quisiera morir en sus brazos. De sus labios se escapó un sollozo.

— ¡Vamos a morir juntos, Oride!

— ¡No! —gritó él, apartándola de sí—. Tenemos que trabajar. Hay que salir de aquí. Regresaré a Maauz y diré a Get Kolzer lo que ha ocurrido... ¡Algo habrá que hacer con Jokk!

Capítulo VI

TRAIDOR AL ORDEN ÚNICO

Todo lo que antes había sido caverna excavada bajo la nave destruida se hallaba invadido por tierra y rocas. La explosión, que se produjo en la entrada del túnel, dentro del cráter, precipitó al fondo toneladas de grava, arenilla y guijarros. Pero también habían gruesas piedras que inquietaron a Oride.

— ¿Qué te propones? —preguntó Nadja, al ver aquel inmenso obstáculo.

Oride, que llevaba en las manos un trozo de plancha metálica, arrancada con esfuerzo del interior de la nave interplanetaria, replicó:

— Trabajar de firme. Y tienes que ayudarme. No voy a perder el tiempo en extraer toda esa tierra. Sacaré la necesaria para realizar un túnel hacia el exterior. Espero tener fuerzas para llegar hasta el final.

«Necesitaré tu chaqueta y la mía. Haré bolsas para llenarlas de tierra y que tú echarás por todos los rincones de la nave.

— ¿Y cuánto tiempo tardarás en abrirte paso hacia el exterior?

— No lo sé. Ésa es la incógnita. Es el único camino que tenemos. El aire se enrarecerá pronto, si no abrimos una salida.

— ¡Oh, Oride; tengo mucho miedo! ¡Temo que no consigamos nada!

— ¡Desde luego que no, si nos quedamos aquí mirando, con los brazos cruzados! ¡Hay que trabajar, y no podemos perder ni un instante!

Oride se despojó de la chaqueta. Se introdujo en el agujero y, con ayuda de la improvisada pala, las manos y hasta con los pies, llenó la primera carga de tierra y piedras. Él mismo la llevó hasta mi extremo de la oquedad en que se encontraban, diciendo:

— Hay que echar la tierra donde no nos impida colocar toda la que queda por retirar, cuanto más adentro mejor. No te desanimes antes de empezar. ¡Ah, y procura no fatigarte demasiado o tu respiración se agitará excesivamente! Eso tampoco nos conviene. Hay que conservar el oxígeno el mayor tiempo posible. Temo que el trabajo sea largo.

— Sí, sí, entiendo —balbució Nadja.

Pronto tuvo Oride espacio suficiente para moverse, ya fuera del orificio circular de la nave siniestrada. Había colocado la lámpara en una posición intermedia, lo que permitía alumbrarle en su rudo y desesperado trabajo, y también permitía que Nadja pudiera transportar los primeros bultos de tierra hacia el interior.

Como Oride era más rápido haciendo paquetes de tierra, se despojó del jersey que le cubría, le anudó las mangas y el cuello y lo utilizó también para llenarlo de tierra. Después se despojó de los pantalones, quedándose con un «slip» gris. Todas las prendas eran llenadas de tierra y piedras y transportadas hasta la boca de entrada a la nave. Allí, Nadja las tomaba, no sin esfuerzo, y las llevaba hasta el interior, donde las vaciaba.

Como, ella era más lenta que él, al cabo de un rato, Oride le dijo:

— Tendrás que dejarme también tu jersey y tus pantalones. No te importe. Es por el bien de los dos.

— Sí. No me importa. Aunque fuese desnuda, me gustaría salir de aquí antes de que se enrarezca el aire.

Nadja no quedó sin ropa, después de entregar sus prendas. Y se reveló el sudor que cubría su cuerpo, debido al esfuerzo que estaba realizando, puesto que jadeaba.

En vista de ello, Oride le ordenó que descansara, tendida sobre la misma tierra que estaba sacando del agujero. Ella obedeció y, durante más de una hora, Oride trabajó solo, silenciosamente, sin despegar los labios, llenando de tierra los vestidos y llevándolos hasta lugares muy profundos de la nave, de suerte que Nadja pudiera verter luego la tierra en los sitios más fáciles.

Al fin, Nadja decidió ayudar de nuevo.

— Ya he descansado. Hemos de unir nuestros esfuerzos. ¿Has avanzado mucho ya?

— Ni siquiera llevo cinco metros.

Nadja no dijo nada. Se mordió los labios y tomó otra vez los paquetes que él le iba dando. De nuevo, establecida la cadena, ella se esforzó por llevar el mismo ritmo que él. Mas era evidente que Oride se afanaba más en su trabajo y pronto hubo otra vez cuatro bultos esperando a que ella pudiera verterlos dentro de la nave.

Oride colaboró también en esta tarea, hasta que se normalizó el trabajo. Pero cuando llevaban más de cuatro horas entregados a aquella dantesca labor, Nadja, que apenas veía ya a su compañero, notó que tardaba.

— ¿Qué ocurre, Oride?

— Hay una piedra que nos cierra el paso.

Nadja sintió algo así como un desmayo. Aquello era lo que ambos habían estado temiendo. Arrancar tierra blanda no era difícil. Pero tropezarse con una gruesa roca, semejante a la que había estado cubriendo el agujero practicado por los «maauzi», podía ser una dificultad insalvable.

— ¿Puedo ayudarte?

— Sí. Ve haciendo un agujero debajo de ti. Esta piedra no podrá ser introducida en la nave. Habremos de buscarle sitio, si es que puedo sacarla de aquí.

Nadja reptó por el agujero hasta llegar a donde estaba él, trabajando con el pedazo de hierro y las manos. Le llevó la lámpara, para que pudiera ver mejor el obstáculo. Se la dejó allí y recogió la tierra que él iba retirando, metiéndola en las chaquetas y los jerseys.

Al cabo de una hora, hasta Oride estaba jadeando a causa del esfuerzo. Tenía las manos desolladas y enrojecidas.

¡Pero la enorme y pesada roca continuaba allí, incrustada en su tumba de tierra arenosa, sin moverse!

— No lograrás retirarla... ¿Por qué no perforas en otra dirección?

— Porque sería peor. Estoy siguiendo el túnel practicado por mis

compañeros. Esta piedra se debió precipitar en el agujero debido a la explosión. Trabajar en otro sentido es más problemático y dudo que me llevase al exterior.

»Debo seguir excavando en torno a ella, hacerla ceder, retirarla y luego continuar ascendiendo hacia el exterior. No tenemos más solución que ésa...

— ¡O quedarnos aquí tendidos, esperando la muerte!

— ¡No! —replicó Oride enérgicamente—. Sé que he sido traicionado. Pero no deseo salir para pedir cuentas a Jokk y exigir su castigo. Sólo deseo salir para impedirle que cause más daño a otros.

«Ninguno de nosotros, por principio básico y primordial, somos capaces de desear el mal de nuestros semejantes. Él, en cambio, ha querido librarse de mí para tomar el mando de la nave. Ignoro sus propósitos, pero sospecho que no son dignos de un «maauzi».

— ¡Si yo pudiera salir de aquí y me encontrase con Jokk, le mataría! —exclamó Nadja, furiosa.

— Nadie tiene la culpa de haber cometido una mala acción. Quizás ha sido incitado a ello o sus pensamientos le han traicionado. Jokk no quería que te llevase a bordo.

— ¿Y qué le importaba a él?

— Dijo que yo no tenía derecho a hacerlo, y no es cierto, porque el primer oficial soy yo.

— ¡Es un traidor y un canalla! Debió seguirnos hasta aquí y colocar un explosivo en la entrada del túnel. Su propósito no era otro que sepultarnos en vida. ¿Qué estará haciendo ahora?

— No lo sé. Supongo que estará tratando de convencer a los demás tripulantes de que hemos muerto.

Entonces, nadie se opondrá a que tome el mando y penetre en mi cabina, para hacerse cargo del grabador de órdenes.

— ¿Y no estás furioso contra él? —preguntó Nadja.

— No. Me apena su conducta.

— ¡No tienes espíritu, Oride!

— Dejemos la conversación. Hay que continuar.

Más de cinco horas estuvo Oride luchando con la pesada piedra. Pero al fin logró sacarla de su sitio y hacerla rodar hasta el agujero que Nadja había preparado. Una vez lo hubo logrado, reanudó su trabajo ascensional, dentro del túnel, con redoblado esfuerzo.

Nadja, al cabo de diez horas de tarea, terminó por dejarse caer de nuevo, casi agotada. Oride la llevó a un lugar donde no estorbaba y le dijo:

— Ahora vas a dormir, Nadja. No te muevas de aquí ni digas nada. Durmiendo consumirás menos oxígeno.

— ¿Por qué no descansas tú?

— No puedo. Nuestras vidas están en peligro. Todo depende de la suerte. Queda mucho túnel por abrir y el aire está bastante viciado ya de anhídrido carbónico.

Nadja estaba tan rendida que no opuso resistencia. En pocos segundos quedó dormida como una niña.

Él volvió al trabajo y estuvo arrancando tierra y piedras durante diez horas más. Llenaba los paquetes y los transportaba con una rapidez increíble. Su energía parecía inagotable, aunque sus manos sangraban ya por muchos sitios, lo cual no parecía afectarle lo más mínimo.

De aquel modo, Oride abrió un túnel de más de diez metros de largo, con una inclinación de treinta y cinco grados, siguiendo la misma dirección del túnel primero.

Después de medir con meticulosidad el tramo horadado, fue a despertar a Nadja, sacudiéndola ligeramente. Ella abrió en seguida los ojos.

— ¿Eh?

— Despierta, Nadja.

— ¿Qué ocurre?

— Tienes que venir conmigo.

— Sí, sí. — La mujer se incorporó y fue tras él.

Cuando se arrastró por el túnel, al ver el trabajo que había hecho ya, preguntó:

— ¿Cuánto tiempo he estado dormida?

— No te preocupes. Escucha ahora, todo puede ser más fácil. Aquí tenemos ya diez metros de túnel. Nos faltan otros diez. Pero voy a hacer una cosa. Practicaré un agujero suficiente para pasar el cuerpo. Todo lo que extraiga, lo echaremos al fondo. Así no tendrás que esforzarte tanto. Dejarás un breve conducto para que llegue hasta nosotros el aire que aún queda dentro de la nave.

— ¿Crees que dará resultado?

— No podemos hacer otra cosa. Vamos a continuar.

— ¿Has descansado?

— Un poco — mintió él.

Ahora, situada ella inmediatamente detrás, fue recogiendo con las prendas, ya casi irreconocibles, toda la tierra que él le echaba y_ vertiéndola al fondo del agujero. Así habrían caminó hacia arriba y tapaban abajo.

En pocas horas Oride avanzó un buen trecho. Pero de nuevo la mala suerte se cebó en ellos al encontrarse el paso interceptado por otra piedra.

Sin rechistar, resignadamente, Oride empezó a excavar en torno a ella. Estuvo trabajando más de diez horas en silencio, obstinadamente, sin escuchar siquiera las palabras de angustia y desesperación de Nadja, que le había dicho:

— Dejémoslo, Oride. Es imposible. El destino nos es adverso. Jamás lograremos salir de aquí... ¡Deja fuerzas para oprimir mi cuello cuando nos falte el aire!

La verdad era que Nadja sentía ya extrañas palpitaciones. Sudaba mucho y jadeaba, ahogándose. En una ocasión perdió brevemente el sentido y él la reanimó, inhalando aire en lo más hondo del agujero y expeliéndoselo en la misma boca.

¡El oxígeno se estaba agotando ya!

Oride reanimó a Nadja y le dijo que permaneciera tendida, sin moverse.

— Si logro apartar esa roca, pronto estaremos fuera... ¡Ten confianza!

* * *

Oride no pudo retirar la enorme roca que obstruía el paso. Era superior a sus fuerzas. Pero hizo otra cosa que daría resultado. Dejó a Nadja tendida en el túnel, pasó sobre el cuerpo de ella y retrocedió hasta alcanzar el agujero casi obstruido que conducía al interior de la nave empotrada en la corteza terrestre.

Una vez dentro, buscó por todas partes, hasta los sitios más inverosímiles y angostos, donde apenas podía pasar su cuerpo, hasta llegar a un lugar en donde por fin halló lo que buscaba.

Se trataba de un largo tubo metálico, doblado y curvo, que logró arrancar, después de ejercer sobre él una violenta presión. Era de un metal duro y blando, y mediría tres metros y medio de largo.

Cuando lo tuvo en su poder, Oride hizo palanca con él y casi logró enderezarlo. Entonces, regresó al túnel con el tubo, teniendo que practicar un canal en la tierra para poder sacarlo.

Reptó de nuevo con su herramienta, por encima del cuerpo de Nadja, y llegó hasta donde estaba la roca que le interceptaba el paso. Allí, escarbó un poco con las manos y el hierro que le servía de pala. Luego, introdujo en la tierra la punta del tubo y, provisto de una gruesa piedra, empezó a golpear en el extremo. Aquello especie de sonda metálica fue penetrando en la tierra lentamente en sentido ascendente.

Los golpes debieron reanimar a Nadja, que levantó la cabeza, preguntando con voz débil:

— ¿Qué haces, Oride?

— Perforar hacia el exterior y buscar aire. Si no lo consigo antes de media hora...

Nadja, que estaba muy pálida, apretó los labios.

Él continuó golpeando el extremo del tubo durante quince minutos más. Y, de pronto, sintió que el metal cedía fácilmente.

— ¡Creo que ha salido al exterior! —exclamó.

Sin embargo, por el tubo no entraba aire, ni siquiera se veía luz.

— La tierra ha debido taponarlo. Ya contaba con eso y no importa. En cuanto quite el tubo creo que quedará el camino libre.

Durante otros cinco minutos, Oride hurgó con el largo tubo, arriba y abajo, para desescombrar el agujero practicado. Luego, retiró el tubo, recogiéndolo todo en el túnel. Y aunque cayó rodando tierra y se desprendieron algunas piedrecitas, ¡la luz del exterior llegó hasta ellos!

— ¡Mira, Nadja; nos falta menos de tres metros! ¡Ya estamos casi en el exterior!

También parecía como si la atmósfera empezara a renovarse, gracias a la

pequeña columna de aire vivificador, que iba entrando. Oride acercó a Nadja junto al agujero para reanimarla.

— Respira hondo. Esto te devolverá las fuerzas.

— Sí, sí... Me siento vivir de nuevo... ¡Gracias, Dios mío!

Después de descansar un rato, Oride reanudó el trabajo, ahora con mayor ahínco, perforando en la dirección señalada por el agujero.

Y en menos de dos horas, perforando hacia arriba, sus manos salieron al exterior y la luz llegó a raudales a sus ojos. Ya sólo fue preciso agrandar un poco la salida, aferrarse a los bordes del agujero y salir al exterior.

Nadja, en ropa interior, sucia y sudorosa, le siguió.

Era media tarde. El sol declinaba ya en el horizonte. Habían permanecido dentro de la tierra más de cuarenta y ocho horas.

Se abrazaron, llenos de alegría. Se besaron y saltaron de gozo. Luego se tendieron en tierra y rieron como niños.

— No perdí nunca la esperanza —dijo él, después de aquella expansión de júbilo—. Si hubiese desesperado en algún momento, jamás hubiéramos salido de esa trampa.

— Yo, en cambio, me he sentido morir muchas veces — repitió ella.

— Jamás se debe perder la esperanza, Nadja.

— De no haber sido por ti, ya estaría muerta.

— Yo tuve la culpa de tu infortunio. Quise enseñarte un meteorito por dentro...

— Será mejor que volvamos al coche, Oride. Supongo que tendrás ropas para mí en la nave. No volveré a entrar ahí a buscar nuestras prendas.

— No, por supuesto. Y despreocúpate de las ropas. Encontraré algo para ti. Ahora será mejor que volvamos al coche.

Les esperaba una nueva decepción. Cuando llegaron a la cresta del cráter, no vieron el vehículo por parte alguna, aunque sus huellas estaban marcadas sobre el terreno. Pero vieron, además, huellas de otro vehículo.

Oride las examinó de cerca y dijo:

— Vinieron dos, siguiéndonos. Luego, se llevaron los dos coches. Será preciso caminar hasta la nave. Llegaremos allí bien entrada la noche. Pero no te preocupes. Lo peor ha pasado ya. ¿Sientes deseos de caminar?

— Siento deseos de volar incluso. La vida me parece ahora diferente. Vamos, Oride. Andar junto a ti será un placer.

Emprendieron el camino a pie. De vez en cuando, se detenían a descansar. Sin embargo, cuando ya se ocultaba el sol, mirando a las lejanas montañas, Oride frunció el ceño. Ella no se percató de aquel gesto y no hizo pregunta alguna.

Pero, poco después, él hizo un extraño comentario:

— La prueba todavía será dura, Nadja.

— ¿Eh, qué dices?

— Creo que la nave se ha ido.

— ¿Cómo?

— Tu vista no alcanza a ver lo mismo que la mía. Pero podría engañarme... ¡La nave ya no está en el lugar donde se encontraba! Temo que han recogido el camuflaje y han emprendido el vuelo.

— ¡Pero... eso sería una infamia!

— Puede significar el destierro definitivo para mí. Jokk volverá a Maauz y dirá lo que se le antoje. Si yo no estoy allí, todos le creerán... ¡Y pueden pasar cientos de años hasta que vuelva otra nave a la Tierra!

Nadja estuvo a punto de lanzar un grito de alegría. Pero no lo hizo. También era una mala noticia para ella.

Capítulo VII

EL HOMBRE LLAMADO GLUMK

Efectivamente, la nave sideral «maauzi» había desaparecido. En el lugar donde había estado, apenas si quedaban huellas. Los vehículos terrestres también habían volado. No tuvieron más remedio que orientarse hacia Bundooma, que era la población más próxima, y que distaba más de cien millas del lugar donde se encontraban.

Fue una aventura penosa y dura, especialmente para Nadja, quien debía detenerse con frecuencia para descansar, incapaz de seguir el ritmo de marcha de su acompañante.

Caminaron de noche, puesto que en el desierto hacía frío. Así, el ejercicio haría entrar en calor a la mujer. De día, en las horas de más calor, se detenían y buscaban algún lugar donde guarecerse.

Sin embargo, no llegaron hasta Bundoona, pues al segundo día de marcha descubrieron una casa prefabricada en la distancia. Vieron también algunos animales domésticos sueltos en los alrededores de la vivienda, por lo que dedujeron que estaría habitada.

Y en efecto, al acercarse, ante los ladridos de un perro «dingo», apareció un sujeto estrafalario, armado con un viejo rifle de repetición, que se quedó mirando a la extraña pareja, mudo de asombro.

Cuando estaban a unos cien metros, el sujeto gritó en inglés:

— ¡Alto ahí; no se acerquen más o disparo!

Oride conocía aquella lengua. Nadja, sólo un poco.

Fue él quien dijo:

— Somos amigos, buen hombre.

— Eso es muy raro. ¿De dónde vienen?

— Del desierto. Tuvimos un accidente de aviación hace unos días.

— ¡Oh! ¿Cómo fue? ¡No he visto aviones por aquí últimamente!

— Ocurrió de noche, muy al norte. Nos salvamos por puro milagro — continuó diciendo Oride, mientras concentraba su mente para poder vencer la desconfianza de aquel viejo solitario, que resultó ser el encargado de una reserva minera de uranio propiedad del gobierno australiano.

— ¿Están perdidos?

— Sí, íbamos hacia Bundooma.

— Eso queda a cuarenta millas al este... ¿Y sus ropas?

Precisamente, era el aspecto de la pareja lo que más inquietaba al viejo guarda.

— El calor nos obligó a dejarlas — declaró Oride.

— ¿Y por la noche?

— Hemos caminado dos noches seguidas. Oiga, por favor, necesitamos algo de comer y agua. No queremos causarle ningún daño. ¿Tiene usted teléfono? Le pagaremos todo.

— No tengo teléfono ni radio. Pero... Bueno, quédense ahí. Les daré algo de comer y beber. Aquí no tengo lujos.

— ¿No tiene siquiera un vehículo para ir a Bundooma?

— No. Suelo ir a caballo... Aguarden ahí.

El viejo penetró en la casa. Nadja se había dejado caer al suelo y permanecía sentada, abrazándose las rodillas.

— Es poco hospitalario — comentó.

— Pronto cambiará. Déjale que se confíe un poco. Si se sitúa a menos de diez metros, le hipnotizaré.

Nadja sonrió.

— Eres capaz de todo, «Superman».

— Hemos de salir del apuro sin despertar recelos. ¿Sabes montar a caballo?

— No. Pero lo intentaré. ¿Qué piensas hacer?

— Aguarda y lo verás.

El viejo guarda no tardó en salir con un cesto en la mano. Avanzó hacia la pareja y se detuvo a prudencial distancia, dejando el cesto en tierra. Luego, retrocedió unos metros y alzó el rifle, diciendo:

— Ahí tienen leche, pan, carne ahumada y conservas. Pueden comer lo que apetezcan. Pero luego se irán.

Oride se acercó al cesto y se arrodilló, mirando al hombre fijamente.

— Gracias, señor. Le pagaré lo que sea.

— No se preocupe. Mi alimento lo paga el gobierno. Será mejor que se marchen.

— ¿No nos puede prestar un caballo?

— No. No son míos... ¿Por qué me mira usted así? ¿Qué es lo que...?

Ya no pudo continuar hablando. Se quedó quieto y callado y no pestañeó siquiera cuando Oride se le acercó y le arrebató el rifle.

— Ahora iremos a la casa. Ya hemos tomado bastante sol. Nadia tiene que descansar —manifestó Oride.

Obedeciendo la orden de Oride, el hombre dio media vuelta y les precedió hacia la casa, cuyo interior aparecía muy revuelto y desordenado. Efectivamente, no había teléfono ni radio. Pero sí un lecho revuelto y mugriento, en el que Nadja se dejó caer, quedando dormida al instante.

* * *

Al día siguiente, Nadja y Oride cabalgaban, en sendos caballos, a lo largo de una polvorienta y vieja carretera. Cerca del mediodía, avistaron una nube de polvo en la distancia, que no tardaron en identificar como procedente de un automóvil que iba en dirección contraria a la suya.

Se trataba de un coche del Departamento de Obras Públicas, en el que viajaban dos funcionarios aburridos. El chófer, empero, detuvo el coche al ver a la pareja, que ahora llevaban algunas prendas de ropa más sobre sus cuerpos.

— ¿Eh, quiénes son ustedes? ¿Qué hacen por aquí? — preguntó el hombre.

— Hola — le respondió Oride —. Vamos hacia Bundooma.

— Pero ¿de dónde han salido?

— Fuimos a dar una vuelta hacia el norte.

— ¿A ver el lugar del platillo volante?

Oride sonrió.

— Algo de eso.

— ¿Y qué han encontrado?

— Nada. Desierto, calor y reptiles. ¿Qué saben ustedes de eso?

— Nos avisaron que habían visto un platíbolo en el cielo, sobre Hanbury. Por eso vamos allí. Y ella, ¿es muda?

— Apenas habla inglés —dijo Oride, desmontando y acercándose al coche.

El hombre que no había despegado aún los labios estaba sacando un arma de la guantera.

— No se inquieten — dijo Oride —. Somos ciudadanos pacíficos. Estos caballos nos los han prestado.

— ¡A ver sus documen...!

El hombre no pudo continuar. La mirada penetrante de Oride pareció llegar simultáneamente a los cerebros de los dos hombres, inmovilizándolos.

— Seguirán ustedes su camino y no recordarán habernos visto. Es una orden que deben cumplir y no sentirán trastorno alguno. Vamos, pongan el coche en marcha y aléjense pronto.

El chófer obedeció.

Unos minutos después, el vehículo se perdía de vista tras la nube de polvo.

— Eres inquietante, Oride — dijo entonces Nadja —. No hay nadie que se te oponga.

— No. Sólo un «maauzi» podía oponerse. Y temo que estén muy lejos de aquí. Pero confío en que no todos mis compañeros se hayan ido con Jokk. Había algunos que estaban realizando misiones importantes. Y uno de ellos vendrá en nuestra ayuda. Sólo tengo que encontrar un medio para poder llamar a Nueva York.

— ¿Quién hay en Nueva York?

— Mi camarada Glumk. Está realizando un trabajo importante. Jokk no ha contado con él. Sabe muy bien que sus planes no hubieran tenido éxito, porque Glumk está incondicionalmente a mi lado. Ignoro si ha avisado a los otros y los ha recogido en alguna parte, como tampoco sé si se han ido definitivamente de la Tierra.

— ¿No sería mejor enviar aviso a Piotr?

La pregunta de ella sorprendió a Oride, quien se volvió a mirarla con ojos entornados.

— Creí que no habías vuelto a pensar en él.

— Bueno, es que... La situación ha cambiado, Oride. Además, es mi

esposo. Yo no soy una extraterrestre. ¿No crees que sería mejor que recibiéramos ayuda de las autoridades?

— ¡No! —exclamó Oride en tono tajante—. No sabes lo que dices, Nadja. Eso es imposible. Yo no puedo decir a nadie quién soy, ni de dónde procedo. ¿Es que no lo entiendes? ¿Sabes lo que eso significaría? No soy como vosotros. Querrían saber, me harían preguntas...

— Sí, Oride. Pero tus compañeros te han abandonado. Quizá no regresen jamás. ¿Qué harás entonces?

— Yo sé lo que tengo que hacer.

— ¿Y qué harás conmigo?

— Eso lo has de decidir tú.

— ¡Yo no deseo separarme de tu lado! Pero... ¿qué porvenir me espera? ¡Tú no eres un hombre como los de mi mundo, aunque...! ¡Oh, Oride; estoy tan aturdida y confusa que ni siquiera sé qué pensar de todo lo ocurrido!

— No debes preocuparte. Primero saldremos de este apuro. Luego decidiremos lo que sea mejor para los dos. Yo encontraré la solución más aceptable. ¿Tienes confianza en mí?

— ¡Plenamente! —replicó Nadja con vehemencia.

— Pues tranquilízate. Todo acabará bien. Ya lo verás.

Reanudaron la marcha, galopando en sus monturas a veces y otras marchando al paso. Las cabalgaduras eran dóciles y, pese a la inexperiencia de Nadja, ya que Oride parecía un experto jinete, no tuvieron contratiempos de ninguna clase.

Al fin, ya anochecido, las luces de Bundooma aparecieron en la distancia. Antes de penetrar en el pueblo, dejaron los caballos sueltos, y el resto del camino lo hicieron a pie.

Oride preguntó a un transeúnte dónde estaba la oficina de telégrafos. El hombre les informó amablemente y se alejó, sin prestarles mucha atención.

— Tú te quedarás afuera, Nadja. No es conveniente que nos vean juntos. Luego, buscaremos un hotel, aunque supongo que aquí no habrá muchos.

— Sí.

Antes de separarse, Oride influyó mentalmente en ella, para inducirla a no huir. Temía que, a pesar de todo, ella aprovechase la ocasión para escapar y se presentara a las autoridades locales.

Oride penetró en un edificio bajo y se acercó al mostrador de metal, detrás del que había un empleado de uniforme.

— Buenas noches — saludó Oride cortésmente —. Quiero comunicarme con Nueva York. ¿Qué me aconseja usted, cursar un telegrama o hacer una llamada telefónica?

— El teléfono es más rápido, aunque más caro. Cinco libras tres minutos.

Oride echó mano al bolsillo. Todo el dinero que tenía era una libra y veinte centavos. Los tomó prestados al viejo guarda de la mina de uranio en reserva.

— Lo siento. He tenido un accidente... Sólo llevo este dinero. Tendré que

cursar un telegrama.

— Si tiene usted cuenta bancaria en alguna parte, yo puedo ayudarle.

— ¡Oh, sí; mi hermano vendrá aquí antes de veinticuatro horas!

— Entonces, es mejor llamar por teléfono. Deme el número.

— Sí. Está en el Reggie Hotel, de Nueva York. Su nombre es Henry Todd. Sólo tiene que pedir Nueva York y el hotel.

— Perfectamente, aguarde un instante. ¿Cuál es su nombre?

— Armand D'Auriac... Henry Todd es el secretario de mi hermano, ¿comprende? — Oride sonrió e hizo sonreír también al empleado.

— Puede usted ir a esa cabina — dijo el otro —. No creo que tenga que esperar mucho. Las comunicaciones por satélite son directas.

Oride se volvió y vio a Nadja a través de los cristales, esperando en la calle y mirándole. También vio a un agente que se acercaba a ella y se inquietó. Se dirigió a la puerta rápidamente.

Su mente se concentró en la del agente. El empleado de la oficina le llamó.

— ¡Pase a la cabina!

— Sí, sí... Voy.

Afuera, el agente que se dirigía hacia Nadja cambió de rumbo, se desvió y luego se alejó.

Oride volvió entonces a la cabina y descolgó el auricular. Una voz nítida y clara llegó hasta él.

— Nueva York al habla. ¿Qué número desea?

— El Reggie Hotel, por favor. Deseo hablar con Henry Todd.

— Sí, un momento.

Segundos después, una voz llegó a oídos de Oride.

— Sí, Henry Todd al habla. ¿Quién es?

— Henry, soy Armand D'Auriac.

— ¿Armand? ¡Oh, sí! ¿Dónde estás, Armand?

— En un lugar de Australia, llamado Bundooma.

— Entiendo, sí. Conozco el lugar.

— Quiero que vengas inmediatamente. Tráeme dinero.

— ¿Qué es lo que sucede?

— Ya te explicaré. He sufrido un accidente y necesito tu ayuda. Déjalo todo y toma el avión más rápido que encuentres.

— Sí, sí. Salgo para ahí inmediatamente.

— Gracias, Henry. Adiós.

Oride colgó el teléfono y salió de la cabina.

— Mañana estará aquí. ¿Hay algún hotel por aquí cerca?

— Sí, al otro lado de la calle. El «Flog Main». Dígale a Chip que va de parte mía... Soy Jack Cundras.

— Gracias, Jack. ¿Quiere todo el dinero que llevo?

— No se preocupe. Ya me pagará. ¿Es su esposa la mujer que está afuera?

— Sí.

— Es muy bonita. ¿Dónde quedó su coche?

— ¿Coche? ¡Oh, no; era una avioneta! Hice un aterrizaje forzoso en Hanbury.

— ¡Ah, fueron a ver el lugar del platillo volante!

— Sí. Y nos falló el motor. Perdimos hasta las ropas.

— ¡Vaya, sí que lo siento! Será mejor que avisen al comisario Decker.

— Ya lo haré luego. Gracias. Hasta mañana.

Oride salió, tomó a Nadja del brazo y se encaminó al hotel, donde no tuvieron impedimento alguno para alojarse. El empleado les facilitó una habitación con dos camas, diciendo:

— Si lo desean, pueden unirse los lechos.

— Estamos muy cansados. No será necesario. Espero que venga un amigo mío mañana. Se llama Henry Todd. En cuanto llegue, puede subir a nuestra habitación.

El propio recepcionista les acompañó a la habitación. Al quedar solos, Nadja se dejó caer en el lecho y exclamó:

— ¡Ah, estoy rendida! ¿Qué te decía el empleado de teléfonos acerca de tus manos?

— ¿De mis manos? ¡Oh, nada!

— Se fijaba mucho en ellas.

Oride se miró las manos. Sonrió y dijo:

— De no haber sido por ellas, posiblemente ahora estaríamos muertos y sepultados.

— ¡Pero vivimos, Oride! Y esto es muy importante.

— Sí, muy importante. Glumk llegará mañana y todo se solucionará. Él traerá dinero. Estudiaremos juntos el caso. Entre los dos decidiremos.

— Sí... ¡Ah, me caigo de sueño!

A Nadja se le ladeó la cabeza, quedándose dormida en la postura en que estaba. Él se acercó y le pasó la mano por la frente.

— Quiero que me escuches, Nadja. Tú no puedes oírme, pero tu subconsciente sí. Vas a olvidarte de mí por completo. Olvidarás todo lo que te ha sucedido. ¿Me comprendes? No sabes nada absolutamente de mí ni de cuanto has visto desde que nos fuimos de Vanavara. Esto es muy importante, Nadja. Tienes que olvidarte de todo.

«Tendrás que volver con tu esposo. Habrás sufrido un trastorno amnésico y la memoria te ha fallado. Ésa será la explicación que darás. Pero no recordarás nada de cuanto hemos hecho y hablado.

Al terminar de hablar, Oride se tendió en el otro lecho y se quedó pensando con los ojos cerrados.

* * *

Glumk llegó al día siguiente, por la tarde. Subió directamente a la habitación de Oride. Éste abrió la puerta y le hizo pasar.

— ¿Qué...? —empezó a decir el recién llegado, que era un individuo de unos treinta años, bien parecido, rubio y de ojos claros.

— ¡Chist! Nadja Woronoff duerme. Habla en voz baja, Glumk.

— ¿Qué significa esto? — preguntó Glumk, dejando su maletín sobre una silla.

— Jokk trató de matarnos, sepultándonos bajo los restos de la «Galmir-Druk». Arrojó un explosivo y nos sepultó. Cuando logré salir de allí, la nave se había ido.

Glumk se quedó atónito al oír aquella noticia.

— ¿Ido? ¿Dónde?

— ¿Has traído el control de enlace?

— Sí.

— Llamarás por onda 0,000023. Hazlo ahora mismo. Deben oírte, si están en la Tierra.

— ¡Pero Jokk no puede hacer eso! ¡Es absurdo!

Capítulo VIII

ACCIÓN DE SUPERVIVENCIA

Nadja se despertó en el momento en que Glumk, con el maletín abierto, estaba realizando una llamada por radio a través de una onda que ningún receptor del mundo podía captar.

A su lado, observándole y escuchando, estaba Oride.

El lenguaje empleado por Glumk era totalmente desconocido para Nadja, quien trató de recordar lo que le había sucedido, pero sin conseguirlo.

Ninguno de los dos hombres la miraba. Así, ella pudo examinarles detenidamente. Armand D'Auriac, a pesar de las ropas que vestía, le hizo recordar la expedición al Tunguska. El otro sujeto, el que hablaba con una voz gutural, era un completo desconocido para ella.

También examinó la habitación donde se encontraba. Era un lugar extraño, al cual no recordaba haber llegado.

Por esto, llamó:

— Armand.

Oride se volvió, sonriente.

— ¿Qué hay, Nadja?

— ¿Dónde estamos?

— En un hotel de Bundooma, Australia.

Glumk también contempló a Nadja, pero continuó hablando por radio, en tomo monocorde, sin apenas entonación en la voz.

— ¿Y qué hacemos aquí? ¿Cómo hemos llegado? ¿Qué hago vestida de este modo?

— Luego te lo explicaré todo. Ahora calla, Henry Todd está sosteniendo una conversación radiofónica muy importante. Discúlpame.

Efectivamente, las palabras de Glumk eran muy importantes. Había logrado ponerse en comunicación con la nave espacial «maauzi» «Galmir-Oride», y la conversación, sostenida en su lengua nativa, se desarrolló así:

— Quiero hablar con Oride Nikans. Soy Glumk.

La respuesta que recibió fue:

— Lo siento, Glumk. El primer oficial Oride Nikans ha sufrido un accidente y ha muerto, en compañía de la mujer terrestre que le acompañaba. Te habla Duwker, segundo oficial de la «Galmir-Jokk».

Tras una breve pausa, para denotar sorpresa, Glumk prosiguió:

— ¿Cómo ocurrió el accidente?

— Fue en Hambury, en el interior del túnel que practicamos para llegar hasta la «Galmir-Druk». No sabemos con exactitud lo que ocurrió. Pero el terreno cedió, sepultándoles. Jokk empleó la sonda ultravibratoria y no captó señal alguna de vida. Era evidente que ambos habían muerto.

«Entonces, Jokk tomó el mando y dijo que nuestra misión en Australia había terminado. Por esa razón retiramos el refugio y nos hemos trasladado a

una región selvática del centro de Siberia.

— Tienes que darme la posición exacta, Duwker. He de volver.

— Sí. Ésa es la orden que el primer oficial Jokk ha enviado a todos los ausentes. Nuestra misión en la Tierra ha concluido. Debemos volver a Maauz e informar a Get Kolzer de la muerte de Oride Nikans.

— Comprendo. ¿Cuál es vuestra posición, pues?

— Estamos al sur de Igarka, en la orilla del río Yenisey, dentro de un espeso bosque de abetos. Nuestra posición es 78° 42' de latitud N,, 87° 24’ de longitud E. Deberás, pues, viajar hasta Igarka, y allí, sin despertar recelos, nos localizarás. Ésas son las órdenes del nuevo primer oficial.

— De acuerdo — concluyó Glumk —. Presenta a Jokk toda mi consideración y respeto. Transmítele, además, mi sentimiento por la pérdida de Oride Nikans.

— Así lo haré, Glumk. Te esperamos antes de tres días.

— Entendido. Comunicación cerrada.

Glumk cortó la transmisión, guardó la extraña y pequeña radio y se puso en pie, volviéndose a Oride, quien le dijo:

— Perfecto, Glumk. Sabía que tú me ayudarías.

— ¡Jokk es un malvado farsante! ¡Ha hecho creer a todos que utilizó la sonda ultravibratoria y que no obtuvo respuesta!

— No te preocupes, Glumk. No debes guardarle rencor a Jokk. Sufre un trastorno emocional. La prolongada permanencia en este planeta le ha trastornado. Es el que más contacto ha tenido con nuestros huéspedes. Sospecho que su desviación se originó en su última estancia en Londres, cuando se habituó a las nocivas drogas de los jóvenes «been-outs». Le advertí del peligro que corría con aquellas «experiencias», pero no debió hacerme caso o estaba ya dominado.

»Es evidente que Jokk se propone la introducción en Maauz de las semillas de la adormidera. Yo se lo hubiera impedido, como jefe de la nave. Pero, teniendo él el mando, recogerá las semillas y las llevará a nuestro mundo.

— ¡No conseguirá su propósito, Oride! Sabemos dónde se encuentra y tenemos tiempo suficiente para llegar hasta allí. Le aislaremos y le destituiremos del mando.

— Sí, Glumk. Será desenmascarado. Pero Duwker está de su parte, y puede que alguien más. Por eso hemos de dirigirnos cuanto antes al lugar donde se encuentran y procurar reunirnos con los ausentes. Entre todos, recuperaremos el control de la nave. Si Jokk sospecha algo, es capaz de marcharse y dejarnos abandonados aquí.

Glumk señaló a Nadja.

— ¿Y ella? ¿Qué interés tienes por esa mujer?

— Se trata de una cuestión particular y sentimental, Glumk. No había decidido nada con respecto a ella. Hay algo en mi mente, que no es inmoral, que hubiese querido experimentar en mí mismo, una vez de vuelta a Maauz.

Ahora debo reflexionar. Sin embargo, creo que será mejor, dadas las circunstancias, devolverla a su esposo, el profesor Piotr Woronoff. Ya he tratado de producir un vacío amnésico en su mente. Pero temo que la fuerte impresión sufrida, mientras permanecimos sepultados bajo la «Galmir-Druk», le impida olvidar a pesar del poder de mi hipnosis. Fue algo que le hizo ver la muerte muy de cerca.

— No soy nadie para inmiscuirme en tus experiencias personales, Oride. Eres muy libre de hacer lo que más te convenga. Y más cuando regresemos a Maauz, dado el largo período de descanso que vas a tener.

»Pero yo, en uso de la amistad que te profeso, quisiera saber a qué te refieres con esa experiencia.

Oride volvió la espalda a su compañero y se acercó a donde Nadja estaba sentada en el lecho, mirándoles. Se sentó a su lado y le pasó la mano por los hombros.

— Nadja me ama, Glumk.

El otro «maauzi» no pudo ocultar su asombro.

— ¿Te ama? ¿Cómo nos amamos nosotros o como se aman ellos?

— Soy consciente de nuestra diferencia física, Glumk. Además ella, según las leyes de este mundo, pertenece a otro hombre, al que debemos respetar, pues se trata de un prestigioso científico.

— ¿Qué estáis hablando? —preguntó Nadja, en ruso.

— Tranquilízate, Nadja. Henry Todd y yo hablamos de ti — dijo Oride, para proseguir de nuevo en su idioma —: Yo pretendía, ni más ni menos, resucitar la procreación natural y binaria, uniéndome a esta mujer, tras someterme a una operación. Para nuestra sociedad «maauzi», esto sería algo nuevo.

— Sí, y muy extraño y atrevido. Algo como volver al lejano pasado de nuestro origen. Pero no dejaría de ser interesante. ¿Y cuál es tu propósito?

— Demostrar que los terrícolas y nosotros, dada nuestra morfología, fisiología y psiquis, procedemos de un tronco común.

— Eso es admitido por nuestros biólogos —dijo Glumk.

— Pero no está demostrado.

— Desde luego, sería una experiencia interesante. ¿Y por qué has elegido, precisamente, a esta mujer?

— Bueno... Puedo decir que ha sido la única que ha despertado en mí sentimientos que creía inexistentes. He conocido a otras mujeres terrestres, pero ninguna me ha afectado en absoluto, como lo ha hecho ésta.

— Bien, en ese caso, nada tengo que objetar. Tú mismo decidirás. Por lo pronto, creo que debemos llevárnosla. Tenemos que ir a su país. Puede aguardarnos en la población de Igarka y, cuando hayamos aislado a Jokk, decidir lo que más convenga.

— De acuerdo. Ve y habla con el comisario Decker. Necesitaremos un documento provisional para poder viajar. Cómpranos ropas, pues parecemos unos mendigos. Y prepara el viaje inmediatamente. Tú estás más

documentado que nosotros.

— De acuerdo. No te preocupes. Llevo dinero suficiente para pagar todo lo que sea necesario... ¡Si fuese todo tan fácil como producir dinero! ¿Qué no darían muchos habitantes de este planeta por poseer un maletín como el mío?

Glumk sonrió a Nadja, tomó su preciado maletín y abandonó la estancia.

— Es como una pesadilla, Armand — dijo Nadja —. Sé que todo cuanto me sucede es muy extraño, pero necesito tener una explicación clara y correcta, o me volveré loca. ¿Es verdad que hemos estado sepultados en un agujero?

— No deberías recordarlo —contestó Oride, sonriendo y tratando de reconfortarla—. Yo he influido en tu mente para que lo olvides. La impresión, sin embargo, ha sido muy fuerte. Y sólo con un tratamiento especial, de dispersión neuropsíquica por medio de corrientes biónicas, podrás olvidarlo todo.

»No te inquietes en absoluto. Vamos a ir de nuevo a Siberia. Iremos a un lugar llamado Igarka. Allí tengo algo importante que hacer. Una vez hecho, te expondré la situación real de todo lo ocurrido y podremos decidir, entre ambos, lo que más nos conviene hacer. Yo no deseo presionarte y menos torcer tu voluntad natural. Si tal cosa hiciera, las consecuencias podrían ser desastrosas para ambos. ¿Quieres seguir teniendo fe en mí por unos días más?

Había tal convicción en las palabras de Oride, que Nadja sonrió también y asintió.

— Sí. Tengo fe absoluta en ti, Armand. ¿Es ése tu nombre?

— No. Puedes llamarme Oride. Y debes saber que no soy terrestre.

— Ya lo sabía.

— ¿No te importa?

— No. Como tampoco me importa que no seas un hombre como Piotr. Para mí es suficiente con saber que me amas.

— ¿Y cómo sabes que te amo?

— Sé que has luchado mucho por mí.

— ¿Lo sabes?

— Bueno, no tengo la seguridad. Es pura intuición. Instinto femenino. Esa cualidad de la razón no la conocen bien los hombres, cualquiera que sea su raza.

— Estás casada con Piotr Woronoff, Nadja.

— En este mundo el contrato matrimonial es un pacto que puede deshacerse cuando convenga por los motivos que sean. Y creo que tú eres una poderosa razón que Piotr sabrá comprender.

— Gracias, Nadja. Eso simplifica mucho las cosas. Espero que todo salga bien. Ahora hemos de aguardar el regreso de Henry Todd. Partiremos hacia Siberia en cuanto esté todo dispuesto. ¿Quieres comer algo?

— Sí, siento un apetito atroz.

Oride utilizó el teléfono interior para pedir una abundante comida.

— Sírvannosla aquí, en la habitación — terminó rogando.

— Así lo haremos, señor D'Auriac.

Media hora después, cuando regresó Glumk, encontró a la pareja sentada ante una mesa de ruedas, recuperando energías.

— Hola, Harry — saludó Oride —. ¿Quieres acompañarnos?

— A juzgar por los platos que estoy viendo, esta comida me costará una fortuna... Sí, yo también siento apetito. Pediré que me traigan algo sólido. Ya está todo arreglado. No ha habido problema. El comisario se encargará de buscar tu «avioneta siniestrada» y nos comunicará a Nueva York el resultado.

«Saldremos esta misma tarde, en autobús, hacia Alice Spring, donde un aerobús nos llevará a Melbourne. A las ocho tomaremos un «stratocrusier» hasta Moscú. Y, desde allí, en otro aerobús, volaremos hasta Igarka. Todo eso me costará ciento ochenta y seis mil dólares.

»Os traerán la ropa dentro de un rato. He escogido algo ligero, deportivo y moderno. El número de calzado de Nadja es el treinta y seis, ¿verdad?

— ¿Cómo lo ha sabido, Henry? —preguntó ella, en inglés.

— Tengo buen ojo.

Todos rieron.

* * *

Efectivamente, aquella misma tarde emprendieron el viaje. Antes Oride fue personalmente al edificio de telégrafos y preguntó por Jack Cundras. Cuando el joven salió de un despacho interior, sonrió al ver a Oride y le preguntó:

— ¿Se solucionó todo?

— Sí, gracias a la llamada que hice a Nueva York. Vengo a devolverle el dinero que me prestó. ¿Me permite hacerle un obsequio?

— ¡Oh, nada de eso! Comprendí inmediatamente que era usted un caballero. Lo hice sin ningún interés.

Oride entregó a Jack el dinero de la llamada telefónica y se quedó con cien libras en la mano, vacilando. Luego, guardándose el dinero en el bolsillo, sacó una especie de lápiz metálico, que tenía una bola de cristal en la punta.

— Al menos, acepte esto. Será un buen recuerdo mío.

— ¿Qué es? ¿Para qué sirve?

— Es una pluma muy original que escribe sobre todos los materiales, sean de papel, plástico, madera, piedra, hierro o cualquier otro metal. No necesita carga. Y si logra averiguar cómo está hecho y lo patenta, se hará millonario.

—¿Eh?

— Es una pluma eléctrica, provista de batería. Muy útil. Adiós y gracias, Jack.

El joven se quedó con el objeto, que habría de ser la curiosidad de todo Bundooma en los siguientes días, porque nadie fue capaz de desmontarla y menos saber cómo y por qué escribía con tanta facilidad.

Mientras, en el autobús, Oride, Nadja y Glumk viajaban hacia Alice Spring, donde llegaron tres horas después, para dirigirse al aeródromo y tomar

el aerobús hacia Melbourne.

Llegaron a su destino sin el menor tropiezo. Allí cenaron en el lujoso restaurante del aeropuerto transoceánico, para después, ya de noche, tomar un gigantesco avión de tres pisos y capacidad para mil pasajeros, que los trasladó a Moscú en menos de dos horas.

Allí, gracias a la documentación provisional facilitada por el comisario de Bundooma, y que les calificaba como turistas extranjeros, se instalaron en el hotel del aeródromo, para, a la mañana siguiente, alquilar un aerobús privado, de pocas plazas, y dirigirse hacia Igarka, en plena Siberia Central.

El aparato, por orden de Oride, sobrevoló la zona indicada en el mensaje recibido por radio desde la nave espacial «maauzi», tratando de reconocer el lugar que debían visitar más tarde. Al piloto le dijeron que buscaban un lugar adecuado para instalar determinado tipo de factoría.

Así, a orillas del Yenisey, en el interior de un denso bosque de abetos, creyeron captar indicios de la presencia de la nave que buscaban.

— Ahora puede usted llevarnos a Igarka —ordenó Glumk.

El piloto asintió y fijó definitivamente la ruta. No quedó descontento, porque le dieron una generosa propina por su trabajo.

Capítulo IX

LOS SEDICIOSOS

Cinco seres abandonaron Igarka a la noche siguiente. Todos, excepto uno, llevaban maletines metálicos en las manos y vestían diferentes clases de atuendo, aunque iban abrigados, porque la noche siberiana era extremadamente fría, a pesar de ser verano.

Aquellos hombres conocían el camino a través de los bosques. El jefe del grupo, Oride Nikans, lo había estudiado con gran detenimiento.

Todos se habían encontrado, como por casualidad, en la población. Y fue Glumk, que también formaba parte del grupo, quien los reunió y les dio instrucciones secretas.

Tenían que caminar más de tres horas. Su destino era la nave espacial «maauzí», de la que todos procedían. Antes de emprender la marcha, reunidos en la sala de un viejo establecimiento de bebidas, Oride había hablado con todos.

— Hay siete de nuestros compañeros que no han llegado aún. Podríamos esperarlos, pero no deseo perder más tiempo. Si Jokk sospecha que estoy vivo, es capaz de emprender la huida y ya no le encontraríamos más.

»Por lo tanto, esta misma noche debemos dirigirnos a la nave, sin esperar la llegada de los otros. *Sé* que los lugares en que se encuentran poseen dificultad en las comunicaciones.

Oride y Glumk habían explicado a sus camaradas todo lo ocurrido en las proximidades del cráter de Hanbury, en Australia. Y aunque aquellos individuos no pudieron comprender la traición de Jokk, respetaban al verdadero jefe de la expedición «maauzi», que era el primer oficial Nikans.

— Estamos a tus órdenes, Oride — le dijeron todos.

Por esto se dirigían ahora a realizar la parte más difícil de la misión encomendada. Tenían que regresar a su nave, entrar en ella y sorprender a los sediciosos que formaban causa con Jokk.

Seguramente habría vigilancia. Pero contaban con un factor importante. Jokk, personalmente, había ordenado el regreso de todos, a fin de explicarles las circunstancias de la «muerte del anterior jefe».

Todos podían, por tanto, acercarse a la nave sin despertar sospechas. Los detectores señalarían la aproximación de cinco hombres. Jokk esperaba más y sólo podría identificarlos plenamente cuando estuvieran a bordo. Entonces Oride pensaba que ya sería tarde para Jokk, quien recibiría la mayor sorpresa de su existencia.

— ¿Estás seguro de que es éste el camino? —preguntó Glumk a Oride, cuando llevaban más de dos horas de marcha.

— Absolutamente. No te preocupes. He estudiado muy bien el mapa de la región.

Seguían una senda de cazadores. En torno a ellos, la selva siberiana vivía

con toda intensidad. Pero la vida animal parecía guardar silencio cuando se aproximaban los pasos extraños de la noche.

Al fin, Oride se detuvo. Los otros se agruparon en torno a él.

— Ya estamos cerca. Consulta tu detector, Glumk. Deseo cerciorarme.

Provisto de una piedra de luz natural, Glumk abrió su maletín, manejó uno de los aparatos que llevaba en él y luego asintió.

— Efectivamente, Oride. Están a menos de cincuenta metros.

— Bien. Ya sabéis las órdenes. Tú irás primero, Glumk. Si tienen la compuerta cerrada, te abrirán al identificarte. Los otros me ocultarán a prudente distancia. En cuanto te franqueen el paso, nosotros avanzaremos. Debes impedir que cierren la compuerta. Si es preciso, utiliza el vibrador ultrasónico.

— Sí, no te preocupes —replicó Glumk.

Después de esto, el grupo continuó la marcha.

Ahora el último era Oride, cuyos ojos taladraban furiosamente la oscuridad, tratando de ver más allá de lo que permitía su mirada.

Y, de repente, se encontraron con un obstáculo vegetal, casi un verdadero muro. Glumk comprendió inmediatamente que la barrera no era natural al tocar los ramajes.

— Han colocado una protección artificial contra intrusos. Hemos de localizar la entrada. Seguidme en esta dirección.

Sortearon los árboles que parecían cubrirlo todo, hasta que Glumk se detuvo bruscamente. Alguien había surgido de la oscuridad ante ellos.

Oride, que cerraba la marcha, tuvo tiempo de dejarse caer rápidamente al suelo, para no ser visto. Y actuó a tiempo, porque una potente luz blanca, situada sobre el cañón de un singular artefacto mortífero, les enfocó a todos.

— ¿Quiénes sois? —preguntó una voz en lengua «maauzi»—. Ah, veo a Glumk, a Kriv, a Zagger y a Koorni. Soy Pasdor. Acercaos.

— ¡Apaga esa luz, Pasdor!

— No hay nadie por estos contornos —replicó el centinela, apagando, no obstante, la luz—. La entrada está aquí. Jokk os espera. ¿No habéis visto a los otros?

— No. Sólo nos encontramos nosotros en Igarka.

Al apagarse el potente foco, Oride se incorporó y avanzó detrás de Koorni. El ruido que hacían los otros, deliberadamente, al desplazarse, impidió que el centinela pudiera oírle.

El muro artificial de follaje tenía una entrada secreta. Por ella se deslizaron los cuatro hombres fieles a Oride, mientras que éste optaba por ocultarse detrás de un grueso tronco de abeto, cerca de allí, por temor a que Pasdor diera la alarma antes de que Glumk pudiera llegar a la compuerta de la nave espacial oculta entre los árboles, en un claro que habían cubierto con una gran tela verde, imitando a los abetos de la región.

Pero los recelos de Oride se disiparon, porque la compuerta estaba abierta. Jokk sabía que aquella noche llegarían algunos de los camaradas ausentes y

no quiso mostrarse desconfiado con ellos.

Así, cuando Glumk subió la rampa y penetró en la nave no se extrañó en absoluto al ver allí, esperándoles, al propio Jokk, que vestía un resplandeciente uniforme dorado de primer oficial.

— Sed bien venidos a bordo —les dijo Jokk, con una amplia sonrisa.

Glumk sacó de su bolsillo el vibrador ultrasónico. Era un pequeño objeto niquelado que emitió un intenso sonido, muy breve. Al mismo tiempo, se volvió y gritó:

— ¡Ven acá, Oride!

Jokk no pudo hacer siquiera un gesto. No estaba preparado para aquella sorpresa inesperada. Su cuerpo sufrió una contracción y quedó rígido, con los ojos muy abiertos.

Afuera, Oride salió de su refugio, saltó valientemente sobre la espalda de Pasdor y le sujetó por el cuello, a la vez que gritaba:

— ¡No te resistas, Pasdor; soy el primer oficial Oride Nikans!

— ¿Qué? ¡Pero...! ¡Jokk nos dijo que habías muerto!

— Jokk os ha mentido. Quería apoderarse del mando de la nave. Aquí el único primer oficial soy yo.

— Sí, Oride... Suéltame... Estoy a tus órdenes.

— Entrégame el arma. Nosotros no hemos necesitado jamás estas cosas.

Pasdor obedeció.

Oride tomó el arma en sus manos y dijo:

— Camina delante de mí. He de averiguar qué participación has tenido en la sedición.

Poco después, subían ambos por la rampa hacia la entrada, donde estaba Jokk, rodeado de Kriv y Zagger, que le sujetaban los brazos.

— Llevadle a su cabina y encerradle. Pero que no haya ningún instrumento peligroso en ella. Quitadle el maletín y el instrumental de urgencia.

— Sí, Oride — replicó Kriv.

— Tú, Glumk, busca a Duwker y llévalo al gabinete de control. Allí estaré esperando. .

Oride conocía aquella nave mejor que nadie. Seguido de los otros fieles camaradas, se dirigió rápidamente al control de mando, irrumpiendo allí y dejando sorprendidos a los tres hombres que se encontraban de guardia. Precisamente Duwker era uno de ellos. Palideció al verse encañonado por el fusil que poco antes había empuñado Pasdor en su guardia.

— Quedas arrestado provisionalmente, Duwker.

— ¡Oride! ¡No es posible! ¡Jokk nos dijo que habías muer...!

— ¡No mientas, Duwker! —replicó Oride secamente—. Tú debiste ir con él, en uno de los vehículos, hasta el cráter donde se encontraban los restos de la «Galmir-Druk». Sé que arrojasteis un explosivo y fuiste su cómplice en el intento de asesinato.

Duwker, desenmascarado, abatió la cabeza. Luego, súbitamente, se dejó

caer de rodillas, implorante.

— ¡Perdón, Oride! —suplicó—. Te aseguro que yo no quise hacerlo, Jokk me llevó allí con engaños. Fue él quien colocó el explosivo en el túnel. Luego me dijo lo que había hecho y aseguró que era necesario, porque deseaba el mando de la «Galmir-Oride», para regresar a Maauz con un cargamento de semillas prohibidas.

— Lo sé, Duwker. Esas semillas no entrarán jamás en Maauz. Pero mi deber es informar a Get Kolzer de lo ocurrido. Ahora tendrás que permanecer encerrado en tu cabina hasta nueva orden. No puedes tener nada en tu poder, ni siquiera tu equipo técnico.

— Sí, Oride; lo que tú mandes. Me acojo a tu benevolencia y comprensión. Si acepté obedecer a Jokk fue porque creí que de verdad habías muerto. ¿Qué otra cosa podía pensar, después de lo que ocurrió?

— Bien. ¿Y vosotros? — inquirió Oride, dirigiéndose a los dos que acompañaban a Duwker.

— Estamos tan sorprendidos de Verte que nos hemos quedado sin habla — dijo uno —. Desde luego, tú eres aquí el primer oficial. Jokk no es más que un sedicioso.

— De acuerdo. No se permiten utilizar armas de ningún tipo. No estáis arrestados, como Duwker y Jokk. Esperaréis mis órdenes.

Glumk llegó en aquel momento. Con él venían ocho individuos más. Y todos demostraron su regocijo al ver allí a Oride. Uno expuso la opinión de todos, diciendo:

— Jokk nos dijo que ocurrió un accidente y que quedaste sepultado dentro del cráter. Añadió que él y Duwker realizaron un reconocimiento con ondas ultrasónicas y no captaron ningún vestigio de vida.

»Sentimos tu muerte y nos pusimos a sus órdenes. Era el segundo oficial.

— Bien, Herm. Fui víctima de un atentado. Jokk y Duwker debieron seguirme. Creyendo haber acabado conmigo, volvieron a la nave y se trasladaron a este lugar. Por esos actos, Get Kolzer le exigirá cuentas y responsabilidades.

«Ahora actuaremos todos como si nada hubiese ocurrido. Podéis retiraros. Seguiremos aquí, hasta que hayan vuelto los que faltan; luego emprenderemos el regreso a Maauz.

Esta noticia pareció alegrar a todos. Se retiraron satisfechos y haciendo comentarios.

Kriv no tardó en comparecer en el control de mando, llevando en la mano una bolsa de fuerte tela, que depositó sobre una mesa de níquel.

— Hemos encontrado esto en la cabina de Jokk, Oride. Es opio y cocaína. Jokk no quería que nos lo llevásemos y hemos tenido que volver a inmovilizarlo con un golpe. Zagger está registrando a fondo su cabina. Suponemos que debe de tener también semilla de adormidera.

— Hacedle hablar. Que os diga cómo ha obtenido esto y qué cantidad hay a bordo. Luego se registrará toda la nave de arriba abajo. Yo tengo que salir

esta misma noche. Durante mi ausencia, Glumk será el segundo oficial.

* * *

Nadja dormía aún, ya amanecido, cuando Oride penetró en su habitación. No fue preciso molestar a nadie en el hotel. La puerta estaba abierta y no había vigilante.

Cerró la puerta y se acercó al lecho, donde se sentó suavemente, contemplando el bello perfil de la mujer.

Al acariciar sus mejillas, ella se despertó y sonrió, al reconocerle.

— ¡Oride! ¿Cómo ha ido todo?

— Bien, querida. Ya he recuperado la nave. Jokk está encerrado y no puede causarnos más daño.

— ¡Oh, me alegro! ¿Cuándo nos vamos?

Oride no respondió inmediatamente. Colocó su fuerte mano sobre el hombro de ella y luego, desviando la mirada, para no sostener los ojos de Nadja, musitó:

— No vendrás conmigo a Maauz, Nadja.

— ¿Qué dices?

— Lo he pensado bien. No quiero sacrificarte.

— ¡No es ningún sacrificio, Oride! ¡Te quiero y tú lo sabes! ¿Es que hay algo que ignoras acaso?

— No. Conozco todo de tu mente. Pero Glumk tiene razón al decir que no puedo hacer la experiencia que me he propuesto. Mi raza no debe retroceder, sino que es la tuya la que ha de progresar. Y lo mismo que hicieron nuestros científicos, habréis de hacer vosotros.

»Eres la esposa de un eminente exobiólogo. Podéis ayudar mucho al progreso de este planeta. Sé que pronto nuestras civilizaciones entrarán en contacto. Para entonces ni tú ni yo viviremos ya. Habremos cumplido nuestra misión en nuestros respectivos mundos.

»Pero nuestros descendientes vivirán unidos y se ayudarán mutuamente. Los caminos de la galaxia quedarán abiertos a vuestras naves. Y todos habremos contribuido al engrandecimiento de la verdad de Dios.

— ¡Por Él, Oride, mi corazón desea estar junto al tuyo!

— Yo también lo deseo, Nadja. Siento hacia ti una atracción muy fuerte e intensa. Pero debo dominarla. Partiré dejando en ti mis mayores ilusiones. Mas el deber es ineludible. Ambos tenemos que respetar nuestros contratos... Tú, con Piotr Woronoff, al que puedes ayudar mucho de ahora en adelante, y yo, con mi raza.

— No, Oride... No quiero ni siquiera olvidarte.

— Es que no me olvidarás. Quiero que le cuentes a Piotr toda la verdad. La amnesia que te provoqué ha desaparecido ya. Tú serás la única mujer que vas a conocer nuestra existencia. No tienes necesidad de divulgarlo. Es posible que no te crean, si lo haces. Pero Piotr debe cambiar de opinión y saber que existen razas humanas superiores en otros mundos.

»Te voy a dar varias pruebas de nuestra existencia. Te he traído un documento, escrito en tu lengua, con una serie de importantes fórmulas biológicas. También te dejaré un proyector en miniatura, con una grabación de nuestro mundo y algunas de las obras más sobresalientes de mi raza. Eso es para que demuestres a tu marido la verdad de lo ocurrido.

»Y como yo conozco la mente de los hombres de este planeta, en la última parte de la grabación hay una proyección morfológica de un desarrollo de hombre «maauzi». Piotr no tendrá duda, entonces, de que nuestro amor ha sido puramente platónico.

»En las instrucciones que te dejo, indico los gérmenes y virus peligrosos que existen en la Tierra, y que nos perjudican tanto a nosotros como a vosotros. Sería conveniente extender una campaña para aniquilarlos. Nosotros lo hemos intentado, pero necesitaríamos invadir totalmente la Tierra para erradicar esas plagas malignas.

»Por los datos que te doy, verás que nuestros exobiólogos han determinado las causas exactas de la malignidad de esos gérmenes. He ahí una excelente labor para ti y Piotr.

— No te vayas, Oride... ¿Por qué no te quedas aquí? Yo no aspiro a que seas un marido como los demás. Me basta con tu presencia. Y si no puedes quedarte, llévame. Voy a ser muy desdichada sin ti.

Él la atrajo hacia sí y la besó en la boca. Luego dijo:

— Yo tampoco te olvidaré, Nadja. Tú y Josette habéis sido los sueños de mi existencia. Pero no puedo vivir soñando. Debo cumplir una importante misión. Y mi mundo es distinto al tuyo.

»De modo que toma estas cosas y este dinero. Vuelve con Piotr. No le ocultes nada. Él lo comprenderá todo.

— Entonces ¿estás resuelto?

— Sí, Nadja.

Ella abatió la cabeza. Luego se secó las lágrimas y musitó:

— Soy una tonta. Me he enamorado de ti como una chiquilla.

— Eres juiciosa y debes comprender que nuestra unión es imposible.

— Sí. Podríamos tener hijos que no serían de aquí ni de Maauz. Tal vez fuesen pequeños monstruos a los que se hiciera necesario exterminar. Tu vida podía correr peligro.

— Llegará un día en que vosotros seréis creados como nosotros. Huxley tenía razón. La constante superación de las razas exigirá una incubación generalizada, intervendrán las mutaciones genéticas, se crearán seres fuertes y especializados.

»Es mucho lo que todavía debéis aprender, a pesar de que el progreso sea cada día más acelerado. Pero siempre seguiréis siendo humanos, como lo somos nosotros. Ése es el designio de Dios.

— Sí, es cierto. Le teníamos algo olvidado, fiero la ciencia y el progreso nos ha devuelto la fe en Él. Gracias, Oride. ¿No volverás nunca más?

— No lo sé.

— Si lo haces, ven a verme. Me alegraría muchísimo volver a verte, aunque hayan transcurrido muchos años.

— Es posible que vuelva. Y ahora, adiós.

Nadja se levantó del lecho para abrazarle de nuevo, permaneciendo largos minutos colgada de su cuello. Sobre la mesita descansaban las muestras que él le había dejado, junto al dinero.

— Te echaré de menos, Oride... Los que han estado a punto de morir juntos deberían vivir de forma inseparable.

— Eso nos crearía problemas. Debo volver a la nave.

— ¿Cuándo partes?

— Dentro de pocos días.

— Me quedaré aquí hasta que te eleves con tu nave.

— Será algo tan fugaz que no te darás cuenta. Es mejor que regreses inmediatamente con Piotr. Debe de estar muy preocupado. Llámale por videófono o teléfono... Adiós, mi vida.

Capítulo X

FIN FUGAZ

Al cabo de tres días, todos los tripulantes de la astronave sideral «Galmir-Oride» se encontraban a bordo. En una reunión general, en la que tomaron parte todos los miembros de la dotación, menos Duwker y Jokk, quienes estaban encerrados en sus respectivas cabinas sin poder salir se acordó que emprenderían el regreso a Maauz inmediatamente.

Fue renovada la adhesión a Oride y confirmado a Glumk como segundo oficial de la nave.

— Partiremos al ponernos el sol —fue lo que decidió Oride al terminar la reunión—. Ven conmigo a mi cabina, Glumk. Tengo que darte instrucciones.

Abandonaron juntos la sala de reuniones y, por medio de un ascensor antigravitacional, subieron al pasillo del alojamiento de la tripulación. Comprobaron que las cabinas de Jokk y Duwker estaban cerradas; en una pantalla televisora, accionada por control remoto, pudieron ver a los dos detenidos. Duwker yacía tendido en su litera, como dormido, mientras que Jokk paseaba arriba y abajo, nervioso. El carecer de drogas le tenía excitadísimo y soliviantado.

— ¿Crees que deberíamos someterlo a tratamiento? — preguntó Glumk.

— Tal vez. Si acaso, cuando hayamos despegado, que Renger le dé un calmante —dijo Oride.

Entraron en la cabina de este último y Glumk permaneció de pie, junto a la puerta.

— Quiere que revises toda la instalación de propulsión antimagnética. No podemos tener fallos. He sabido que Duwker no maniobró muy bien, cuando salieron de Bundooma y sufrieron un fuerte impacto al aterrizar.

— Sí. He sido informado. Lo revisaré todo. ¿Qué te dijo Nadja?

— Quedó muy desconsolada.

— Es lógico. Pero debes admitir que tu propósito era un disparate.

— No lo sé, Glumk. Nosotros también tenemos derecho a soñar.

— No aquí y en estas condiciones. Eso hizo Jokk. Se identificó demasiado con los defectos de los terrícolas. Las consecuencias podrían haber sido desastrosas. Por todo ello hemos dejado inconcluso nuestro trabajo.

— Puede que Get Kolzer envíe otra nave.

— ¿Esperas que lo haga? —preguntó Glumk.

— Sí. Me alistaría voluntario.

El otro sonrió.

— Te ha dado fuerte, ¿eh?

En vez de responder, Oride hizo otra pregunta:

— ¿Se ha revisado bien la nave? ¿No queda nada de cuanto había traído Jokk?

— No. Nada en absoluto.

— Piensa en que, si se nos pasa algo por alto, es peligroso introducir en Maauz ese semillero.

— Descuida. Hemos echado al río todo cuanto tenía Jokk.

— Bien, nada más. Disponlo todo para la partida.

— De acuerdo.

Glumk salió y Oride se sentó ante un aparato reproductor de imágenes. Pulsó varios contactos y en seguida apareció el busto de Jokk ante él. Su rostro estaba descompuesto por el sufrimiento.

— ¿Cómo te sientes, Jokk? —preguntó Oride, en tono suave.

— ¡Mal, Oride; me siento morir! — gimió el otro desesperadamente—. No puedes hacerme eso.

— Renger te dará un calmante en cuanto estemos lejos de la Tierra.

— ¿Cuándo?

— Hoy mismo. Despegamos a la puesta del sol.

— ¿Qué me ocurrirá?

— Nada de lo que te mereces, Jokk — contestó Oride—. Mi informe a Get Kolzer será breve y conciso. No sé lo que ocurrió en Hanbury. La salida quedó obstruida a causa de un hundimiento que pudo ser accidental. Tú no sabías que yo estaba allí. Sin embargo, fuiste a buscarme y, al encontrar modificado el lugar, empleaste la sonda vibratoria, que dio respuesta negativa por algún fenómeno magnético.

— ¿Vas a decir eso, Oride?

— No. Yo diré mi parte. Tú di la tuya. Nadie te contradecirá. Sin embargo, no puedo imaginar siquiera lo que Get Kolzer haga después. Por ser magnánimo contigo y Duwker no puede ser censurado.

— Gracias, Oride... Por favor, haz que venga Renger cuanto antes. No fue mía la culpa si adquirí ese defecto, cuando investigaba la conducta de los «been-outs» londinenses.

— Yo lo comprendo. Dime una cosa, Jokk, ¿pensabas introducir la semilla de la adormidera en Maauz?

— Sí. Creí que no podría librarme jamás de esta obsesión. Me enloquecía pensar en volver allí sin tener algo para aliviar mi angustia.

— Debiste advertirme, Jokk. Tenemos remedio contra tus males. ¿Hay más droga a bordo, que nosotros no hayamos podido encontrar?

— No. Toda la tenía en mi cabina.

— Confío en que me digas la verdad, Jokk. Nada más. Si quieres comer algo, te puedo enviar alimentos.

— ¡No, no; que venga Renger cuanto antes!

Oride cortó la comunicación. Luego descansó unas horas, hasta que Glumk le avisó que todo estaba dispuesto para el despegue. Se levantó, se vistió con su uniforme dorado y se dirigió al puesto de mando, donde sus ayudantes ya estaban preparados.

Ahora en la nave no se veía ningún hombre vestido con ropas terrestres. La misión en aquel planeta extraño había terminado y regresaban a su propio

mundo. Eran fuerzas de la División Sideral del «Orden Único General» en misión de servicio.

Oride saludó a sus subalternos y fue a sentarse en su asiento giratorio, delante de la pantalla tridimensional que reproducía las imágenes exteriores.

Su voz empezó a sonar cuando un ayudante le indicó que el control horario estaba en marcha. A partir de aquel instante, hasta el momento del despegue, el reloj electrónico iría indicando segundos y minutos que carecían de relación con el horario de la Tierra.

— Posición «Cruz-Vorja-Kat-Daki».

Una voz monocorde replicó una serie de nombres.

A los requerimientos de Oride, las voces y los controles del tablero principal respondieron una tras otra. Todo estaba en orden. Incluso Glumk, segundo oficial, en el control de antigravitación, replicó:

— «Zep-Ilgo-Trek-Rojo-Merk».

— ¿Ochenta, Glumk? —preguntó Oride, como si algo se hubiese escapado.

— Pues... Sí, sí. De acuerdo. Es ochenta —replicó prontamente la voz de Glumk.

— Asegúrate bien.

— No ha sido más que una oscilación.

— Que no ha debido producirse — insistió Oride.

— Todo está ahora bien. Adelante.

Las agujas del reloj «maauzi» continuaban ascendiendo hacia el punto de despegue cero.

Oride comprobó otros datos y como no parecía surgir nada anormal, llegado el momento, oprimió la palanca roja del despegue, el cual se produjo suavemente durante los primeros metros... ¡Luego la nave sideral salió despedida hacia el firmamento!

* * *

Nadja Woronoff no se movió de la habitación después de haber partido Oride. Permaneció allí, inmersa en sus pensamientos, como sintiendo que la última oportunidad de felicidad en su vida acababa de desaparecer.

Luego examinó las cosas que él le había dejado.

Nada parecía interesarle, a pesar de que allí estaba la demostración más palpable de la existencia de una raza superior que había estado visitando la Tierra desde siglos atrás.

Al fin, cerca del mediodía, se levantó de su asiento y, de modo casi automático, descolgó el teléfono que había sobre la mesita de noche.

— ¿Pueden darme línea con Moscú?

— Sí, señora — le respondió la voz de la telefonista del hotel—. ¿Desea que le marque algún número?

— No se moleste. Lo haré yo misma.

De modo maquinal, después de sentir el cambio de tono, marcó un número

que sabía de memoria. Tuvo que esperar unos segundos. Luego, con perfecta claridad, escuchó la voz de Piotr.

— ¿Quién es? —preguntó su marido.

— Soy yo, Piotr.

Al otro lado de la línea se escuchó una exclamación de asombro.

— Nadja, ¿eres tú?

— Sí, esposo mío. La aventura ha terminado.

— ¿Dónde estás? ¿Qué te ha ocurrido? ¿Qué...?

— Escucha, Piotr. Estoy en el hotel Atkov, de Igarka. Deseo que vengas a buscarme. Te lo explicaré todo. Pero no hables con nadie.

— ¡Por favor, Nadja! ¿Te fuiste con Armand D'Auriac?

— No puedo decir nada hasta que vengas, Piotr. Es tan sorprendente lo que he hecho, que ni siquiera puedo creerlo yo... Ah, y tráete dos potentes binoculares. Quiero que veamos juntos cómo se desvanece un sueño en el firmamento.

— ¡Pero, Nadja, deseo saber...!

— Cuando vengas, Piotr. Te espero aquí esta noche. Adiós. Recuerda bien el sitio: hotel Atkov, en Igarka, Siberia Central.

Al terminar de decir esto, Nadja colgó el aparato.

Aquella misma noche, en un aerobús privado, Piotr Woronoff llegó a Igarka, para dirigirse inmediatamente al hotel donde estaba esperándole su esposa. En recepción le enviaron a la habitación que ocupaba ella.

— ¡Nadja! — exclamó al verla.

Pero la triste expresión de la mujer descorazonó a Piotr, quien cerró la puerta a su espalda y dejó la maleta en el suelo, para echarse hacia ella y abrazarla amorosamente.

Nadja correspondió fríamente a su abrazo. Luego señaló los objetos que había sobre la mesita.

— Lee esas instrucciones, Piotr. Luego verás la grabación. Me la ha entregado Armand D'Auriac.

— ¿Qué es todo esto? ¿Para qué quieres los prismáticos que me pediste?

— Ellos se irán posiblemente mañana o pasado. Quiero verlos.

— ¿Quién son ellos?

— Los seres de Maauz.

— ¿Eh, cómo?

— Es mejor que leas primero eso y luego veas la grabación. Después contestaré a todas tus preguntas.

Piotr tomó la extraña carpeta y la abrió. Empezó a leer y sus ojos mostraban su asombro a medida que avanzaba en la lectura. De vez en cuando, atónito, dirigía una mirada a su esposa.

Cuando ella vio que estaba terminando, tomó el diminuto proyector y lo preparó, para que él pudiera ser las imágenes de la grabación allí contenida.

Así lo hizo. Pero Piotr, al ver lo que desfilaba ante sus ojos, estuvo a punto de caer sentado. Sólo acertaba a decir:

— ¡Increíble! ¡Fantástico! ¡Inaudito!

Al fin, la proyección terminó, y Piotr pudo encararse directamente con su esposa y mirarla a los ojos, todavía con el asombro reflejado en ellos.

— ¿Están aquí todavía esos hombres?

— Sí, se marcharán pronto. Y deseo decirles el último adiós con el pensamiento. Sé que están en alguna parte, en dirección sur. Surgirán de los bosques, se remontarán en el espacio y en unos segundos se perderán hacia las estrellas, para regresar Dios sabe cuándo.

— ¿Hay algún modo de impedir que se vayan?

— ¿Impedírselo? ¡Oh, Piotr; son ellos los que mandan! Están muy por encima de todos nosotros. Son los dioses que han vuelto... Y yo he cometido la locura de enamorarme de uno de ellos.

— ¿Enamorada?

— Sí. Lo siento, Piotr. No pude evitarlo... Pero no te he sido infiel. Ya sabes que no podía.

— Sí, sí... Cuéntamelo todo.

— Si no te importa, quiero estar junto a la ventana. Me he instalado en esta habitación, que domina todo el firmamento sur, para verlos partir. Después haré lo que tú quieras.

Piotr abrió su maleta y extrajo dos pares de potentes prismáticos. Uno se lo entregó a Nadja. Luego ambos fueron hacia la ventana.

Ella empezó su relato en aquel mismo instante, y Piotr la escuchó en silencio todo el tiempo. Lo que había visto, leído y ahora escuchado era el relato más fantástico que podía imaginar. Sin embargo, no podía ponerlo en duda. Allí estaban las pruebas.

Y no sólo era esto, sino que Oride Nikans le había legado una serie de maravillosas fórmulas para sus investigaciones en exobiología. Y todo estaba demostrado con razonamientos científicos incuestionables.

Él era, por tanto, el primer científico terrestre que estaba en posesión de conocimientos que correspondían a una ciencia mucho más desarrollada que la terrestre.

Y la historia de Nadja era, por demás, sobrecogedora y emocionante. Ella terminó:

— Me dejó eso ahí y se fue. Yo no podía retenerle... ¡Nadie podía hacerlo! Su mente es un emisor de potentes radiaciones magnéticas. Te domina, te subyuga y te vence.

«Todo cuanto te he dicho puedes comprobarlo. Podemos ir a Hanbury y desenterrar aquella nave sepultada.

— Sí, lo haremos, querida... ¡Ahora pienso que te quiero más que antes!

Ella sonrió y luego le besó en la mejilla. La barba de él le hizo sentirse de nuevo en el hogar familiar, en su mundo, despierta, respirando aire puro a pleno pulmón.

— No podemos decir nada de todo esto, Piotr. Es el legado de un hombre extraordinario.

— Sí, por supuesto. Nadie nos creería. Ocultaremos estas cosas en casa.

* * *

— ¡Mira, Piotr! —exclamó Nadja, de pronto, al segundo día de espera.

Se estaba poniendo el sol, y en el cielo todavía azul, un objeto brillante se elevó en el horizonte, adquiriendo vertiginosa rapidez.

Piotr apenas si tuvo tiempo de saltar de su asiento, tomar los binoculares y enfocar hacia donde miraba su esposa. Efectivamente, pudo ver la nave sideral «Galmir-Oride» ascender hacia el infinito, tornarse roja casi por momentos, hasta aparecer como un punto tan brillante como el sol, que se alzó a gran altura, casi perdiéndose de vista, para luego trazar una extraña parábola y, a increíble velocidad, caer de nuevo hacia tierra.

Nadja lanzó un grito.

— ¡Cae, Piotr!

Todo se consumó en un fugaz instante. El punto luminoso dejó tras sí una estela al caer. Luego se precipitó hacia el suelo, desapareciendo totalmente de la vista.

— ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Piotr, casi sin voz.

— Creo que..., que han caído, Piotr... ¡Se han estrellado contra el suelo! ¡Ha debido ser a unas doscientas millas de aquí o más! ¡No lo comprendo! ¡Tenemos que tomar un aerobús e ir en aquella dirección! ¡Sería terrible que...! ¡Oh, Piotr, mira aquella luz!

De nuevo, en el horizonte se vio alzarse en el cielo algo semejante a un géiser de fuego, abriéndose como una palmera, para terminar por caer en semicírculo y desaparecer totalmente.

Fue luego, transcurridos unos minutos de angustia e incertidumbre terrible; cuando escucharon una lejana explosión doble y el piso del hotel pareció agitarse brevemente, como sacudido por un débil seísmo que sólo ellos percibieron.

— ¡Se han estrellado, Piotr! ¡Oride ha muerto!

Chillando de horror, Nadja se abrazó a su marido, y así permaneció largo rato, temblando, mientras él continuaba con la vista perdida en la distancia, como si esperase ver surgir otro fenómeno meteorológico.

* * *

A la mañana siguiente, cerca de Kostinó, desde el aerobús en el que volaban, Piotr y Nadja descubrieron el nuevo cráter, que ya estaba siendo visitado por gentes de la región y las primeras autoridades locales.

El cráter tenía unos cien metros de anchura y todavía estaba humeando. En su centro se veía una masa oscura, aplastada, irreconocible, como una enorme piedra metálica.

En torno del cráter principal, se habían formado otros más pequeños.

Por suerte, no había alcanzado ningún pueblo ni vivienda, al haber caído

lejos del lugar habitado más próximo, que era Kostinó, muchos de cuyos habitantes sintieron la doble explosión y vieron desplomarse lo que desde aquel instante se llamó el aerolito de Kostinó, al que los geólogos y meteorólogos dedicarían su atención pronto.

Nadja lloraba, sentada en el aerobús, contemplando aquellos restos que creía ver brillar aún, como una preciosa y esbelta nave redonda y lenticular, ocupada por seres inteligentes y superiores que debieron hallar un fin inesperado y brutal.

— ¡Oride, mi alma! — exclamó.

Piotr comprendió el verdadero sentido de aquellas palabras y sintió gran piedad por su esposa.

— Lo siento, Nadja. Pero debes sentirte orgullosa de haberles conocido.

— Lo estoy, Piotr... Ellos no merecían esta suerte.

— No. Pero su aventura no ha terminado. Otros seguirán viniendo. Y nosotros tenemos mucho trabajo que hacer para que nuestro mundo llegue a ser como el suyo.

— Sí, Piotr. Será mejor que volvamos a casa ya. Dentro de algún tiempo, tal vez el año próximo, regresaremos aquí y realizaremos una excavación.

— ¿No estará lleno de radiactividad?

— No. Esa nave no es «irvekna», como la de Tungúsica, esposo mío. Es una nave espacial amiga. Y hasta en su muerte fueron considerados. No se precipitaron sobre una población.

— ¿Qué les habrá ocurrido?

— No lo sabremos nunca... Quizás haya sido cosa de Jokk, para eludir el castigo que nadie deseaba para él.

Nadja jamás sabría lo cerca que estaba de la verdad.

FIN

[image]